

Estudios

Mayo

No. 117-1933



50 ct

¡Ayude usted a ESTUDIOS comprando sus libros!

La Biblioteca ESTUDIOS tiene como especial misión la de ayudar al sostenimiento de esta Revista por medio de la venta de sus libros, cuyo producto se destina íntegro a sufragar el déficit que supone cada número, pues no tiene ni admite otros ingresos que los de la venta de sus ejemplares, y estos ingresos no llegan, ni en mucho, a compensar el coste y demás gastos de su impresión.

Rogamos, por tanto, a los lectores de ESTUDIOS compren y recomienden los libros aquí anunciados, si desean ayudar a ESTUDIOS en su labor educativa.

Esta Biblioteca editará siempre obras de indiscutible valor literario y cultural y de utilidad para la vida privada, selectamente escogidas de entre los autores de reconocido prestigio universal.

Además, los corresponsales y suscriptores directos de ESTUDIOS tienen derecho a los descuentos señalados, pudiendo, por tanto, adquirir excelentes obras en ventajosas condiciones.

Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 30 por 100 de descuento, y el 20 por 100 en las obras encuadernadas. En los diccionarios, el 15 por 100.

Gastos de envío, a cargo del comprador.

Se envía el Catálogo General gratis a quien lo solicite.

PARA TODO PÉDIDO DE LIBROS ES CONDICION INDISPENSABLE EL PAGO POR ANTICIPADO.—

Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado.

LAS SUSCRIPCIONES SE ABONARAN POR AÑOS ANTICIPADOS (12 NUMEROS, COMPRENDIDO EL EXTRAORDINARIO DE 1.º DE AÑO, 6'50 PESETAS PARA ESPAÑA, PORTUGAL Y AMERICA; Y 8 PESETAS PARA LOS DEMAS PAISES).

Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

Toda correspondencia, giros, etc., diríjanse a: J. JUAN PASTOR, Apartado 158.—VALENCIA

Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento en rústica, y el 20 por 100 en tela

Conocimientos útiles						En rústica	En tela
Educación e Higiene		En rústica	En tela				
EL EXCESO DE POBLACION Y EL PROBLEMA SEXUAL, por G. Hardy. Obra importantísima sobre los medios más modernos y científicos para evitar el embarazo y sobre los procedimientos abortivos. Verdadera enciclopedia sexual. Ilustrada con 66 grabados en negro y cinco láminas a tricolor	10	12		LA EDUCACION SEXUAL, por Jean Marestan	3'50	5	
ENFERMEDADES SEXUALES, por el doctor Lázaro Sirlin. Segunda edición	1			LA EDUCACION SEXUAL Y LA DIFERENCIACION SEXUAL, por el doctor Gregorio Marañón	0'50		
MEDIOS PARA EVITAR EL EMBARAZO, por G. Hardy. Segunda edición	3'50	5		LO QUE DEBE SABER TODA JOVEN, por la doctora Mary Wood	1	2'50	
LA MUJER, EL AMOR Y EL SEXO, por Jean Marestan	1			EDUCACION Y CRIANZA DE LOS NIÑOS, por Luis Kunhe	0'75		
EDUCACION SEXUAL DE LOS JOVENES, por el doctor Mayoux. Segunda edición	2	3'50		CAMINO DE PERFECCION, por Carlos Brandt	2	3'50	
AMOR SIN PELIGROS, por el Dr. W. Wasroche. Segunda edición	2	3'50		LO QUE TODOS DEBERIAN SABER (La iniciación sexual), G. M. Bessede	2	3'50	
GENERACION CONSCIENTE, por Frank Sator	1			Novelas - Sociología - Crítica			
EMBRIOLOGIA, por el doctor Isaac Puente. EL VENENO MALDITO, Dr. F. Elosu ...	3'50	5		GANDHI, ANIMADOR DE LA INDIA, por Higinio Noja Ruiz	1'50	3	
EUGENICA, por Luis Huerta	2			COMO EL CABALLO DE ATILA, por Higinio Noja Ruiz	5	6'50	
LIBERTAD SEXUAL DE LAS MUJERES, por Julio R. Barcos. Cuarta edición ...	3	4'50		LA QUE SUPO VIVIR SU AMOR, por Higinio Noja Ruiz	4	5'50	
EL A B C DE LA PUERICULTURA MODERNA, por el doctor Marcel Prunier	1			EL BOTON DE FUEGO, por José López Montenegro	3	4'50	
EL ALCOHOL Y EL TABACO, por León Tolstoi	1			UN PUENTE SOBRE EL ABISMO, por Higinio Noja Ruiz	2	3'50	
LA MATERNIDAD CONSCIENTE. Papel de la mujer en el mejoramiento de la raza, por Manuel Devaldés	2	3'50		LA MUÑECA, por F. Caro Crespo	1'50		
				LA DESOCUPACION Y LA MAQUINARIA, por J. A. Mac Donald. Segunda edición	1'50	3	
				LA VIDA DE UN HOMBRE INNECESARIO (LA POLICIA SECRETA DEL ZAR), por Máximo Gorki	2	3'50	
				CUENTOS DE ITALIA, por Máximo Gorki	2	3'50	
				ANISSIA, por León Tolstoi	3	4'50	

Estudios

Revista ecléctica

Publicación mensual

Mayo
Año XI 1933
Núm. 117

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
APARTADO 158.- VALENCIA

Actualidad

Dionysios

Si las agonías del capitalismo no estuvieran dando lugar a tantos sucesos trágicos, serían uno de los espectáculos más divertidos a que haya podido asistir el hombre. Véase lo que acaba de acontecer en Alemania: se ha entregado a un tipo que no llega siquiera a ser la caricatura de un hombre.

Como todos los que se esfuerzan en la hora que corre por salvar al capitalismo, esa incompleta caricatura de hombre se denomina socialista. Y como las masas alemanas estaban lo suficientemente entontecidas por lo que todavía se denomina socialismo, la explicación del risible suceso, que a tantas gentes preocupa, no puede ser más clara.

En España, mientras la mitad de la población se muere de hambre, los actores de la comedia política quieren hacernos creer que estamos en el mejor de los mundos posibles, y los periodistas, su único público, tratan de que nos interese en los chismes que corren entre ellos, exactamente como entre bastidores.

«Un alto personaje socialista —leemos un día— sabe que Lerroux y un capitán de asalto», etc.

(No se extrañe el lector de las palabras «alto personaje»; ya hay también altos personajes socialistas; nada importa que la mayoría —hablo, claro está, de la mayoría de los que están en trance de poder ser altos personajes— no sepan leer ni escribir, y que los tres o los cuatro que saben rivalicen con

ellos en decir y hacer tonterías, cuando no algo peor.)

«Comentando la noticia anterior —leemos al día siguiente—, el señor Lerroux ha dicho que él tiene mucho que decir, cuando se le acuse, pero en el Parlamento, sobre los verdaderos responsables del fusilamiento de Galán y García Hernández.»

Pero ni el alto personaje socialista explica lo que insinúa saber de Lerroux y un capitán de asalto, ni Lerroux dice una palabra acerca de los para él verdaderos responsables de los fusilamientos de Jaca. ¡Luego dirán que la democracia no es un régimen de claridad!

Es posible que el alto personaje socialista, y todos sus compañeros, sepan muchas cosas feas de Lerroux, y que Lerroux sepa otras tantas del alto personaje socialista y sus compañeros. Pero de España, de lo que es la España de hoy, de lo que pasa en la España de hoy, ni Lerroux, ni los socialistas, ni ningún otro actor de la comedia, sabe una palabra. Y es inútil que los periodistas, el único público del espectáculo, y la *claque* al propio tiempo, se esfuercen en hacer que nos interesen aquellos chismes. La hora no es propicia para eso.

Todo el mundo ha convenido, incluso un profesor de Derecho, socialista por más señas —el señor Jiménez Asúa—, en que los muertos de Casas Viejas se dividen en dos clases: los que fué justo que se mataran y los que se mataron injustamente. La orden

de matar a los segundos, que no se sabe de dónde partió, fué una orden bárbara; la de matar a los primeros, inserta varias veces en el informe de la Comisión parlamentaria («Arrásese la casa de Seis Dedos»), presidida por el señor Jiménez Asúa, profesor de Derecho y socialista, es una orden que se ajusta a todas las reglas, posiblemente hasta a las de humanidad.

* * *

¡Qué caso más trágico, por cierto, el del señor Jiménez Asúa! Entre todos los hombres que se han hundido, para no levantarse jamás, con el advenimiento de la República, ocupa, quizá, el primer puesto. Era un hombre de inquietudes, maestro en muchas cosas; tenía personalidad, puesta al servicio de toda protesta digna. ¿Qué se ha hecho de todo eso? Se ha esfumado. Hoy el señor Jiménez Asúa forma parte de un coro dedicado a cantar alabanzas incluso a hechos más censurables que los que antes provocaban su indignación. ¡Qué tragedia, en efecto, si la vive! Pero a lo mejor nos da pena verle desaparecer así, y él está completamente tranquilo.

* * *

Allá en la América del Sur les han inoculado a unas pobres gentes la estupidez patrioterica y se están matando unas a otras. En el otro extremo del mundo, el *civilizadísimo* Japón sigue poniéndose por montera a la Sociedad de Naciones, ese esperpento capitalista que todavía sobrevive. Los médicos de cabecera del capitalismo europeo viajan de acá para allá en espera de que llegue el momento de recetar al enfermo una guerra. Sólo de ésta esperan la cura. Todo lo demás que dicen y hacen es pura distracción. No recetan la guerra, porque dado el estado del enfermo la juzgan contraproducente. Está muy débil para resistir un medicamento tan poderoso. Si adquiere alguna fuerza, enseguida se apresuran a aplicarle el único remedio que creen eficaz: estallará la guerra; una guerra que en pocos días hará desaparecer millones de hombres. No es fácil que surja ningún movimiento que la contenga. El temor de los médicos de cabecera del capitalismo —cada día se ve más claro— no radica en esto. Saben que la tontería nacionalista está suficientemente cultivada, y que el so-

cialismo se ha cuidado, en cada país, de matar en germen toda posible rebeldía. (¿No son socialistas casi todos esos médicos de cabecera del capitalismo?) Su temor está en que el capitalismo, con la guerra, se desmone por sí sólo. Por eso esperan a que adquiera alguna fuerza. Nada más que por eso. Atraillar a las multitudes, llegado el momento, les parece tarea fácil. No creo que se engañen, y pocas cosas siento, en este instante, tanto como eso. Todo lo demás me divierte. Especialmente, las piruetas de nuestros políticos. Mientras ellos se ocupan de la ley de Congregaciones, tan inane como todo lo que hacen, muchas mujeres españolas, entre las que es posible que se encuentren algunas de las suyas, acuden a las iglesias a pedir que estalle pronto la guerra, promesa de rápida fortuna.



El terrorismo «Nazi»

La nación alemana en poder de la barbarie

Las huestes hitlerianas saquean, torturan, asesinan

En esta información, uno de nuestros colaboradores ha recogido los testimonios y sintetizado los comentarios políticos de multitud de militantes perseguidos por las bandas de Hitler. No es este reportaje solamente un grito de protesta ante los crímenes del fascismo alemán, es también, y muy especialmente, una invitación a deducir de la trágica experiencia alemana las lecciones oportunas.

Dos mil franceses marcharon el domingo último a Berlín. Nada vieron fuera del *Hans Vaterland* y los restaurantes nocturnos. Los periódicos franceses tienen corresponsales en Berlín. Pero nada dicen sobre los acontecimientos alemanes, aparte de las informaciones oficiales. Millares de hombres son torturados en las cárceles alemanas; los asesinatos se cuentan por centenares. Pero nada de esto tiene importancia, después de que el equipo francés de fútbol ha hecho frente al equipo alemán, en Grunewald...

A excepción de *L'Humanité*, el *Populaire* y alguno que otro diario, muy raro ciertamente, la prensa francesa guarda el mismo silencio acerca de los crímenes del fascismo alemán, que sobre los del terrorismo blanco de otros países.

Sin embargo, no es que faltan fuentes de información, porque, si los corresponsales franceses en Berlín se encuentran amordazados, en cambio en París sería fácil entrevistar a la multitud de escritores y políticos alemanes que, huyendo, se han refugiado allí. Claro que la turba de reporteros que volarían en persecución de una «star» cinematográfica, no darían un solo paso por interrogar a los hombres políticos.

A París llegan por docenas, diariamente, los comunistas, socialistas, demócratas, liberales, etc., que, tras escapar a las hordas armadas de las milicias pardas, han logrado trasponer la frontera.

Y ellos nos describen la atmósfera del tercer Reich; nos refieren los hechos bárbaros, las atroces torturas de que han sido víctimas, los asesinatos de que, a veces, fueran ellos mismos testigos presenciales. ¿Exageran, tal vez? No cabe en esto la exageración. Pues, si bien algunos sucesos llegan hasta nosotros un tanto abultados, en cambio, son muchos más los que quedan totalmente ignorados y desconocidos. El imperio de la barbarie desencadenada en todos los ámbitos del Reich, excede en horror a cuanto se pudiera imaginar.

Nosotros no podemos recoger aquí todos los crímenes que nos han relatado y de los que existen pruebas irrecusables. Hemos de limitarnos a referir algunos de los más repugnantes.

GUERRA A MUERTE A LOS JUDIOS

En la Leipzigerstrasse, en Berlín, en pleno día, un rabino marcha pacíficamente. De pronto, un grupo de «nazis» atraviesa la calle y, a boca de jarro, disparan sobre el hombre, que se desploma en el acto. Los asesinos se alejan. Nadie se atreve a protestar. Poco después, una ambulancia viene a llevarse el cadáver.

En Wornes, las tropas de asalto se apoderan de tres judíos y de sus hijos. Bajo amenaza de las torturas más crueles y la muerte, los hijos se ven obligados a golpear a sus padres, hasta hacerles sangrar.

En Munich, un abogado judío, anciano y célebre, protestó contra los actos terroristas de la policía auxiliar. Pues bien; se apoderan de él, lo tunden a golpes, le cortan la parte inferior de su indumento, y, de esta suerte, con las manos atadas a la espalda y un cartel sobre el pecho, en que se lee: «Yo

no me quejaré nunca más a la policía», lo pasean a través de las calles más céntricas de la población.

En Berlín, las tropas de asalto han ocupado los locales de la Comunidad israelita religiosa. Todos los funcionarios judíos han sido eliminados de los servicios de la radio y las diversas administraciones. Los teatros y las orquestas prescinden de los actores y músicos judíos. Los abogados judíos no pueden pleitear. Los médicos judíos son expulsados de los dispensarios municipales.

NO PERDONAN NI A LOS CURAS CATOLICOS

Un sacerdote de Dortmund, llamado Otto Hoch, ha sido herido gravemente por las camisas pardas, que allanaron su vivienda a media noche.

Mientras que los dirigentes del partido centralista, aproximándose risiblemente a Hitler, preparan la colaboración anhelada por el Vaticano, los curas y periodistas católicos, conocidos por sus ideas democráticas, son tan perseguidos como los hebreos y los marxistas. Y hasta personalidades católicas reaccionarias han sido maltratadas y encarceladas en Baviera.

LOS INTELLECTUALES, PERSEGUIDOS

La detención de los intelectuales pacifistas fué una de las primeras medidas tomadas, ya antes de las elecciones, por el Gobierno de Hitler.

Carl von Ossietzky, el valeroso redactor de la *Weltbüne*, Otto Lehmann-Russbüldt, autor de la *Internationale Sanglante des Arme-ments*, y el abogado Apfel, defensor de los militantes revolucionarios, entre otros, fueron encarcelados algunos días antes del 30 de enero. Después de las elecciones se ha sabido que sufrieron las torturas más crueles, hasta el punto de que parece que Apfel intentó suicidarse. A Ossietzky, le rompieron los dientes, uno a uno, a culatazos de revólver.

La persecución de los intelectuales se ha desencadenado igualmente en toda la nación.

El intendente del teatro de Breslau, Barnay, fué apresado en su domicilio, a media noche, por cinco camisas pardas. Le arras-

Estudios

traron hasta un bosque, abandonándolo allí, tras hacerle padecer los más repugnantes suplicios.

Un escritor que, después de tres días de martirio, ha sido puesto en libertad, por influencia del ministro von Neurath acerca de Goering, hace el siguiente relato:

«A media noche, me despertaron unos puntapiés dados a la puerta. Cuatro (S. A.) estaban tras ella cuando abrí. Mientras uno de ellos examinaba mi pasaporte, los otros tres me despojaban del reloj, la pitillera y la cartera. Después, me arrojaron en un coche, donde había, amontonadas, veinte personas más.

Llegamos a la «Casa Parda» de la Müllerstrasse.

Un oficial de las tropas de asalto nos toma la filiación. Luego, enciende un cigarro y se va. Es la señal. Un golpe en la cabeza, que me dan por la espalda, me derriba en tierra. Me levantan y me golpean nuevamente durante algún tiempo y sin interrupción. Me hacen arrodillar y pretenden obligarme a cantar con ellos el himno de Hort-Wessel. La sangre ciega mis ojos. Sus botas aplastan mis manos. No puedo más. Entonces me siento cogido por el cuello y lanzado a un sótano, en donde quedo desvanecido.

A la mañana siguiente me hacen subir a un camión, a patadas. En el camión ya hay hasta otros treinta prisioneros. El auto nos conduce a Postdam; allí se nos arroja en un sótano del antiguo cuartel de la Guardia. Transcurrida una media hora me vienen a buscar.

Voy a servir de blanco viviente. Me colocan junto al muro. «Vamos a ver —me dicen— si las bestias rojas tienen o no valor. Te haremos una demostración de que sabemos tirar.» Entonces, comienzan a disparar. Las balas silban, en torno a mi cabeza, durante una eternidad. Hasta que aciertan a herirme en la sien.

A mediodía nos sacan al patio a otros cinco y a mí; nos colocan en fila junto a la pared y uno de los verdugos nos dirige este discurso: «Vosotros debíais ser ejecutados hoy; pero órdenes superiores nos obligan a aplazar nuestra ejecución hasta mañana. Mañana acabaréis de darnos guerra. ¡Fuera de aquí ahora!»

Al día siguiente, a primera hora, nos sacan nuevamente al patio. Somos cerca de una veintena. Se nos vuelve de cara a la pared, pero no sin antes hacernos ver cómo

nuestros verdugos cargan sus armas. Enseguida, siento en la nuca el acero frío de un revólver. Oigo una detonación... y una explosión de risa. Me empujan, me golpean, y tras este simulacro de ejecución, me arrojan al sótano otra vez.»

EL MARTIRIO DE LOS MILITANTES OBREROS

Los militantes obreros socialistas y comunistas han sido presos y martirizados, a millares; sus cadáveres se cuentan por cientos.

Los líderes del partido comunista, Thaelmann, Torgler y otros, detenidos y martirizados, están en peligro de muerte, sin que puedan obtenerse referencias exactas sobre ellos ni su situación.

En una villa del Sudoeste, un comunista ha sido atado a un caballo y arrastrado, a galope, una larga distancia.

Un directivo del Reichsbanner, de Darmstadt, con un brazo partido y una costilla hundida, ha tenido que recorrer la ciudad, llevando un cartelón con estas palabras: «¡Viva Hitler!»

En Ottendorf, cerca de Dresde, los socialistas a quienes se encontró en sus casas, fueron conducidos, encadenados, hasta la plaza, ante el Hotel del Caballo Blanco, donde las organizaciones socialistas celebraban sus reuniones y guardaban su documentación y materiales. Al material, amontonado en la plaza, se le prendió fuego. Los socialistas se vieron obligados a saltar por sobre la hoguera, entre los alaridos de alegría de los «nazis». Los desgraciados prisioneros, tundidos a golpes, tuvieron que saltar una, y otra vez, y otra, por encima del fuego, hasta que cayeron extenuados. Entonces les hicieron tomar a viva fuerza buenas dosis de aceite de ricino.

En Berlín, el diputado socialista del Landtag, Kuttner, fué martirizado también, y el secretario de la minoría socialista del Reichstag, gravemente herido, se encuentra en el hospital.

Cuando los bárbaros camisas pardas no pueden apoderarse de aquellos que buscan, martirizan a sus parientes. El hijo de Ruth Fischer, muchacho de quince años, ha sido detenido en rehenes. El abuelo del diputado socialista Künstler fué despojado de sus vestidos, amenazado de muerte y torturado, para que revelase el lugar donde se escondía su

nieto. En Mannheim, no habiendo podido apoderarse de un joven militante del Reichsbanner, los «nazis» apalearon brutalmente a su padre, anciano sexagenario. Y, como no les pareciese bastante tal hazaña, seguidamente irrumpieron en un café próximo y molieron a golpes a los clientes de aspecto israelita.

Podríamos seguir citando millares de casos igualmente abominables.

Las torturas por que ha pasado, en Colonia, el diputado socialista Sollman, exceden a cuanto se puede imaginar.

Durante dos horas, Sollman fué apaleado por dos «brigadas», que se relevaban entre sí, para no interrumpir la tarea. Se le quemaron los pies, una y otra vez, con antorchas, echándole inmediatamente agua fría, cada vez. Cuando se desvanecía, hacíanle volver en sí para reanudar el suplicio. Los sádicos verdugos llegaron hasta orinar sobre el ensangrentado rostro de Sollman.

Por último, creyéndole muerto, se desembarazaron de él arrojándole a una cueva, en la que sus amigos lo encontraron. Trasladado en auto más allá de la frontera, Sollman está actualmente en tratamiento en un hospital. Allí lo ha visitado el redactor jefe del *Wolksstimme*, a quien Sollman, socialista de derecha, ha declarado: «El 9 de marzo he comprendido el fascismo mejor que a través de cuantos libros se puedan escribir sobre él. ¡Desgraciados quienes crean poder vencerlo con argumentos ideológicos! Nosotros acabamos de entrar en un período de socialismo heroico y militante.»

UNA NACION ENTERA PRESA DEL TERROR

Son innumerables los casos de ciudadanos pacíficos que no han intervenido jamás en la acción política, que no son judíos ni marxistas, y que, no obstante, han sido maltratados por las bandas de Hitler. Podríamos citar millones de ejemplos. Basta con hacer ademán de entrar en un gran almacén judío, para ser herido o, en el mejor caso, anotado o retratado. Basta para quedar tundido a golpes, con que os calléis, cuando los «S. A.», al cruzarse en las calles con vosotros os provoquen con un «¡Heil Hitler!». La casualidad de un encuentro, el estado de humor de las camisas pardas, la cantidad de alcohol ingerido por los salvajes ebrios que circulan ar-

mados por las calles, la denuncia de un enemigo personal, el anónimo: cualquiera de estas cosas pueden decidir vuestro encarcelamiento, vuestra muerte. Bajo la impunidad vigente para los delitos cometidos en la «lucha nacional», las bandas hitlerianas allanan las moradas, roban el dinero y los objetos de valor, destruyen los muebles...

El terror que inspiran los «S. A.» llega a tal grado, que se buscan rodeos para evitar encontrarse con una patrulla. Cuando uno se encuentra inesperadamente con un grupo de hombres armados, si, por casualidad, pertenecen a los «Cascos de Acero», uno respira aliviado de la terrible obsesión.

En los cafés se habla en voz baja. En Berlín, en un círculo literario, conversaban dos escritores. De repente, un vecino de mesa se levanta, va a buscar a dos camisas pardas y hace detener a aquéllos.

En estas circunstancias, no es extraño encontrarse en todas partes, en calles y en tranvías, con gentes que lleven una bandera negra, blanca y roja, o una bandera con la svástica. Las calles, engalanadas con los colores fascistas, hablan más elocuentemente del terror que se agita en cada hogar, que del entusiasmo hitlerista de los ciudadanos.

EL PANICO DEL LIBERALISMO

Diarios de abolengo republicano y demócrata puro, tales como la *Frankfurter Zeitung*, enarbolan hoy la bandera negra-blanca-roja, dicen que Goebbels es un gran ministro y arremeten contra el marxismo. Otros periódicos, como los del *Konzern Mosse*, de Berlín, transigen con despedir a los redactores demócratas, acatando órdenes del Gobierno. La prensa liberal cree salvarse sumándose al «material de propaganda» del ministro Goebbels. Con ello firma su sentencia de muerte. Correrá, no tardando, la misma suerte del *Corriere della Sera*.

En los medios liberales, es general el pánico y la desbandada. Escritores de izquierda (como el redactor de la *Literarische Welt*) se pasan al campo nacional. La Asociación de jueces republicanos anuncia su disolución. La *Schutzverband Deutscher Schriftsteller* (Asociación de Escritores Alemanes) dirigida por el socialista Brener, se apresura a modificar su Comité, y dando entrada en él a los nacionalsocialistas, excluidos de tal prerrogativa hasta ahora. La Liga

de los Derechos del Hombre, en fin, anuncia que se ha disuelto, y que aquellos de sus dirigentes que permanecen en Alemania no se hacen responsables de los actos de los miembros que se hayan refugiado en el extranjero.

LECCIONES DE UNA DERROTA

Es preciso denunciar todos estos hechos terroristas. Pero tal denuncia sería estéril, si no fuera acompañada de un análisis de la situación y de una invitación a deducir las enseñanzas que sugiere la derrota del proletariado alemán.

La constitución del Gabinete Hitler-Papen-Hugenberg-Seldte no asombró solamente a la opinión internacional, sino que también sorprendió a los partidos de izquierda alemanes. A principios del año, todos los periódicos estaban conformes en que el peligro fascista había sido sustituido por un peligro mayor: la dictadura militar del general von Schleicher. La gran crisis política parecía ir a resolverse por la fórmula bonapartista y no por la fórmula fascista. No hace muchas semanas aún, que había quienes se rieran de los que afirmaban que el peligro principal era Hitler y su partido de masas, y que Schleicher no conservaría el Poder más que mientras resistiera manteniendo artificialmente el equilibrio de las fuerzas contrarias por la división del frente contrarrevolucionario. Se supervaloró la significación de la lucha por la participación en el Poder, entre el N. S. D. A. P. y sus compañeros de juego de hoy, los representantes de la reacción feudal y monárquica. Y se buscó, mediante toda especie de maniobras, una garantía contra la implantación de la dictadura fascista. Se buscó, decimos, por todos los procedimientos... menos por medio del fomento y desarrollo del proletariado organizado y de los partidos declarados proletarios. A cuantos solicitaban una acción inteligente de los partidos obreros y los Sindicatos, se les respondía que Hindenburg, Schleicher, el Reichswehr, los Estados del Sur y el Catolicismo, descartarían a Hitler del Poder.

Quienes veían claro en la cuestión, comprendieron, desde el primer momento, que existía un síntoma de debilidad en la conducta del antifascismo alemán; por tanto, no se han sorprendido viendo realizarse en cinco semanas en Alemania, la misma evo-

lución que precisó de años enteros en Italia. Así como tampoco se maravillan al ver desmoronarse al proletariado con una rapidez y en una proporción tales, que exceden a las predicciones más pesimistas.

LAS CULPAS DE LOS PARTIDOS OBREROS

La batalla definitiva estaba perdida hacía mucho tiempo. Hacía años enteros que la República alemana no vivía más que de la división de sus enemigos. Las culpas cometidas de los partidos obreros cristalizan actualmente en sus lógicas consecuencias.

El reformismo de la socialdemocracia que mucho antes de la guerra ya había dejado de ser revolucionaria, paga hoy, con una insospechadamente gran derrota, los servicios que prestara a la burguesía en agosto de 1914 y en noviembre de 1919. Haase, tendiendo la mano a Guillermo II; el pacto de Ebert con el general Groener y el G. Q. G. el mismo día de aparecer la revolución (en realidad era la contrarrevolución que comenzaba); la confianza infantil de Norke en los oficiales de la antigua Armada que entregaban la República al Reichswehr, tales son las primeras etapas de una evolución que había de conducir a la República alemana a las jornadas del 20 de julio de 1932 y 30 de enero, 28 de febrero y 5 de marzo de 1933. El bravo partido socialdemócrata, admirado durante décadas enteras por el proletariado mundial, el partido mejor organizado de Europa, se derrumba en unas horas al embate de un enemigo ávido de Poder, que no retrocede ante ningún género de barbarie.

El partido socialista alemán, ni siquiera ha sabido morir con gallardía. Hemos visto a Norke mendigar su pensión y los gastos de su traslado; a Otto Braunhuir en el momento decisivo; a los antiguos ministros socialistas de Prusia retirar la querrela incoada ante los tribunales del Imperio; al «Frente de Bronce», decretar su propia disolución; a los dirigentes de los Sindicatos, disponerse a adaptar su legislación al régimen fascista.

A pesar de sus pecados y de sus debilidades, el partido socialista hubiera merecido una muerte más bella, aunque sólo fuese en atención a las admirables masas que han venido siguiendo a sus jefes llenas de verdadera fe y magnífica esperanza.

Es de temer que, en adelante, la socialde-

mocracia será sostenida por sus enemigos en una situación que será apenas una sombra de existencia; situación que someterá la energía revolucionaria del proletariado a los intereses de un grupo de dirigentes preocupados de mantener la legalidad a cualquier precio, inclusive al precio de una impotencia declarada y permanente.

El desmoronamiento total de la socialdemocracia no está justificado; pero sí se explica por las aberraciones reformistas de sus jefes y de las masas, aburguesadas durante el período de prosperidad.

El partido comunista siempre se ha declarado a sí mismo partido revolucionario. Debía, pues, saber qué suerte le esperaba y qué métodos adversarios tendría que combatir. Y hoy paga, trágicamente, sus procedimientos ultraizquierdistas, su falso juego de frente único, su consigna de «la socialdemocracia, principal enemigo.» He aquí el derrumbamiento de los revolucionarios, de los revolucionarios que han editado bibliotecas enteras para anunciar al mundo que ellos estaban en cualquier momento dispuestos al combate.

Que a un partido como el partido socialista, basado totalmente en la legalidad, la democracia y la condenación de la violencia, le hayan sorprendido y paralizado los acontecimientos, esto no tiene nada de particular; pero que todo el armazón del partido comunista haya venido abajo, que las medidas tomadas por él para impedir sea declarado fuera de la ley, hayan resultado totalmente ineficaces, esto es sencillamente inconcebible.

Nadie puede decir que se ha observado una resistencia heroica, bien organizada, por parte del proletariado alemán; mientras, la acción aislada de obreros que se alzan, presa de la desesperación propia, los conatos revolucionarios sin éxito posible, aumentan de día en día.

Es necesario decir las cosas como son; ver claro, sin ofuscarse ni apasionarse, la cruda realidad. Y la realidad es ésta:

El proletariado alemán está tristemente derrotado. Nos encontramos ante la destrucción total de un movimiento obrero sostenido y fomentado durante setenta años a fuerza de sacrificios. Y ahora hay que volver a empezar. Hay que volver a buscar el camino, entre el montón de ruinas que queda de la catástrofe, entre las ilusiones muertas de los vencidos.

Ciertamente que quedan en Alemania aún millones de hombres que, a pesar de la persecución, permanecen fieles al socialismo. Pero sería inútil esperar nada bueno de las consecuencias de la reciente hecatombe; confiar demasiado en la seguridad de que estos millones de hombres fieles podrán conservarse así mucho tiempo, dadas las escasas posibilidades de confortar su fe, de alentar sus esperanzas, de darles un arma ideológica y, sobre todo, de hacer que nazcan nuevas guerras para la propagación del socialismo.

PERSPECTIVAS

En los meses venideros, la victoria fascista quedará consolidada. No es lícito esperar otra cosa. Los Sindicatos, incorporados al nuevo régimen; la población entera, arrastrada por el aparato de propagandas que Goebbels se propone edificar; tales son las próximas etapas de la evolución alemana. Los fascistas alemanes son buenos discípulos de sus maestros italianos, pero también lo son de sus mortales enemigos de Rusia. Se va a crear un sistema gigantesco de «educación nacional»; se va a extirpar el marxismo de raíz; todo en la medida, al menos, en que es legalmente posible imponer cualquier tendencia política o cultural a una generación entera y, en especial, a una juventud.

El fascismo cuenta con grandes reservas de confianza por parte de las masas de la pequeña burguesía, de los campesinos y de una parte no despreciable del proletariado (los parados). Nada tan falso como decir que Hitler llegará pronto a su eclipse. Hoy por hoy, el porvenir es suyo. El disfrutará, en lo sucesivo, de la confianza y de la aceptación de los sacrificios que los gobernantes republicanos en vano reclamarán para sí. La propaganda fascista ha logrado convencer al pueblo de que Hitler necesita tiempo y no debe abandonársele a la mitad del camino. Se ha manejado, por otra parte, un método que entusiasma e intimida, alternativamente, a la burguesía alemana. El terror, la serie ininterrumpida de provocaciones, surte su efecto.

Y cuando la confianza en Hitler se debilita, aún le quedará el hecho del Poder. Las decepciones económicas no se reflejan de manera inmediata en la política. La misma República, aun débil y mal defendida, ha podido sostenerse a través de muchos años de crisis. No se puede esperar menos del fas-

cismo, máxime cuando por su misma ciencia es un régimen que ante nada retrocede, que usa de la violencia sin miramiento alguno y dispone de un arsenal inagotable de medios aptos para mantener en el pueblo las concepciones falsas e ilusorias.

CATOLICOS Y NACIONALES ALEMANES

La gran sorpresa de las elecciones alemanas ha sido el derrumbamiento de la Fronda de los Estados del Sur al oponerse a la implantación del fascismo y la pérdida de las posiciones de árbitro que ocupaba el catolicismo político.

Como partido democrático, el Centro alemán no escapará al mismo destino de los *popolari* italianos. La Iglesia hará las paces con Hitler, como antes las hizo con Mussolini; ordenará a las organizaciones católicas adaptarse al Estado de hecho. Política de escaso alcance, porque en Alemania el catolicismo es minoría. El tercer Reich, como el de Bismark, identificará germanismo y protestantismo. Los católicos de Alemania se considerarán como ciudadanos de segunda clase tolerados.

El Centro no ha sido lo único que ha arrastrado consigo la derrota del antifascismo. Las posibilidades de Papen, Hugenberg y el niño secretario de Estado de la Presidencia, Meissner, habían quedado eliminados ya antes de comenzar el juego. Los cálculos de la antigua reacción han fallado rotundamente. Ni aun reemplazado Hindenburg —actualmente prisionero de los «nazis»— por un rey de la familia Hohenzollern, la bandera negra-blanca-roja sería más que una máscara, cuyo rostro llevaría la cruz svástica de Hitler.

Cierto que existe una rivalidad entre el Reichswerh y los «Cascos de Acero», de una parte, y las camisas pardas, de otra. Mas también en Italia pugnan el ejército y las milicias fascistas, y Mussolini impera a su capricho. Se encarga a Hugenberg de la política económica. En Hacienda y Negocios Extranjeros actúan hombres que, aun siendo reaccionarios, son partidarios del Estado constitucional. Pero las verdaderas llaves del Poder están en manos de la fracción plebeya de la contrarrevolución. A través de Hitler, reinan Goering, Goebbels y Frick.

Los nacionales alemanes y el Centro, a lo

más que pueden aspirar es a un papel de freno, si los acontecimientos marchan con demasiada violencia por el camino del terror, de la aventura, de la destrucción de la Economía y la Cultura alemanas.

* * *

Es necesario llamar a las cosas por su nombre. La situación alemana es muy grave. Mas no se la transformará a fuerza de

vanas ilusiones. Lo que hace falta es una acción vigorosa y racional que derribe todo lo actual, comenzando por la base. Pero esta tarea no incumbe solamente a los revolucionarios alemanes, sino que requiere el apoyo del movimiento obrero de todos los países.

Una serie de errores y de culpas queda a nuestras espaldas. Aspiremos a que, por lo menos, nos sirvan de escarmiento.

F. O.

EL HOMBRE Y LA TIERRA

Por ELÍSEO RECLUS

¡La obra cumbre de nuestra época!

¡La gran obra maestra insuperable!

¡Pronto, muy pronto estará al alcance de todos los obreros!

Es verdaderamente lamentable que la obra más valiosa y más útil de nuestro tiempo, la más preciada joya de nuestra literatura, precisamente la obra que su autor escribió pensando en redimir de la ignorancia a las clases desheredadas, esté hoy, por su precio inasequible, al alcance sólo de las clases privilegiadas.

Deseando la Biblioteca ESTUDIOS que esta maravillosa obra penetre en todos los hogares, cumpliendo así la alta misión para la que fué escrita, en breve, muy en breve empezará a publicarla en cuadernos semanales a cuarenta céntimos cada cuaderno de veinticuatro páginas, haciendo un total de unos 140 cuadernos, con lo cual, el coste total de la obra completa resultará por cincuenta y seis pesetas.

Una vez publicados los 140 cuadernos de que constará la obra íntegra, confeccionaremos tapas especiales para encuadernar los seis tomos, con lo cual la obra completa y lujosamente encuadernada costará setenta y cuatro pesetas. A los corresponsales les serviremos a treinta céntimos el cuaderno, en paquetes de cinco cuadernos en adelante.

Ahora bien; nuestra edición será profusamente ilustrada con muchos centenares de grabados, mapas en colores y en negro, con el texto íntegro de la primera edición francesa.

Los cuadernos serán a tamaño 27 x 20 centímetros (el mismo de esta Revista), primorosamente impresos en papel couché superior.

Será una edición pulcra, esmeradísima, incomparablemente superior a todas las ediciones conocidas hasta ahora.

No es un negocio editorial. Se trata tan sólo de rendir un eficaz homenaje a aquel gran hombre que se llamó Eliseo Reclus, que dedicó su portentosa inteligencia al servicio de sus hermanos, los proletarios de todo el mundo.

¡Que nos ayuden todos, indicando los ejemplares que deseen para regularizar la tirada!

Lo que decían, antes de la República, los hombres de la República

HAMLET Y EL RIO

La frase de Heráclito, que la realidad no es un *ser*, sino un *devenir*, o dicho en términos más castellanos y transparentes, que nada es fijo y constante, sino que todo muda, cambia y se transforma, jamás tuvo aplicación tan manifiesta como en los tiempos que corremos. O, si queréis, en lugar de ser nosotros los que corremos al compás de los tiempos, pongamos que son los tiempos los que corren. Y apenas si, jadeantes y cortos de resuello, logramos seguirlos con los pies ni con la vista.

En el último acto de *Hamlet*, cuando este príncipe que los escritores recientes y de segunda mano han dado en figurárselo enjuto y pálido, bien que en el texto shakespereano consta que era pingüe, obeso y, por ende, especulativo y perezoso de acción; digo que cuando Hamlet, al final de la tragedia, lucha en singular combate con Laertes, la reina, su madre, prevé el desastroso fin del príncipe, porque, *he ist fat and scant of breath*, está gordo y apurado de resuello.

La civilización del siglo XIX y umbrales del XX guarda no poca semejanza con los acontecimientos que integran la tragedia de Hamlet. En esta tragedia no asoma el pueblo, no porque el pueblo no existiese en el país donde reinaba el padre de Hamlet, sino porque en las deliberaciones y sucesos áulicos el pueblo no contaba; se le daba de lado. No parece sino que lo que importa, lo que exige atención y reverencia, lo alto, sonoro y significativo, como dijo nuestro Cervantes, es sólo lo que se ciñe y atañe a la familia real, al rey, a la reina, al príncipe heredero. Claro está que con esto no se ha de entender que el símbolo que tratamos de desentrañar en la tragedia de Hamlet conviene únicamente a

los Gobiernos de forma monárquica. Nada de eso. Rey y reina en la tragedia de Hamlet representan (hemos decidido en este caso de interpretación simbólica que representen) la autoridad de hecho, el Gobierno constituido, la soberanía actual, sea legítima sea ilegítima (*that ist the question*); en suma: el Estado; la forma política de la comunidad. Pues bien; en el siglo XIX, como en la tragedia de Hamlet, los sucesos en apariencia importantes son los que se refieren al litigio de autoridad, a si tal soberanía es o no legítima, a la forma de Gobierno; en definitiva, a las peripecias y trastornos acaecidos en el plano político de la comunidad. Durante el siglo XIX se simula ignorar en la práctica de los negocios públicos que el plano político de la comunidad no es sino la superficie; así como lo profundo, la tercera dimensión, lo que proporciona volumen y base a la comunidad es lo económico-social: el pueblo. El pueblo no sale en la tragedia de Hamlet, ni en el siglo XIX. Se alude a él con frecuencia, puesto que no cabe soberanía ni autoridad sin pueblo sobre quien ejercerla; pero se le alude de manera retórica, sin convicción, en sentido perfectamente trastocado y absurdo, y no se le tolera que se muestre en el foro, como el coro helénico; mucho menos en las candilejas o proscenio, lugar del protagonista, el denteragonista y el tritagonista. El pueblo está extramuros del Parlamento y de la cámara real. Ni siquiera entre bastidores.

El sentido trastocado y absurdo de la función del pueblo en la ideología política de Hamlet y del siglo XIX consiste en la creencia de que el pueblo está en subordinación del Gobierno y que lo social debe someterse a lo político. Como si dijéramos que toda una nación no es sino un pretexto para que haya un rey o un presidente de República

y una tropa de gobernantes, burócratas y policías. Esta inversión de las relaciones entre pueblo y Gobierno es un rasgo típico del siglo XIX, como vamos a ver al punto.

De que en Grecia y Roma, lo social se equilibraba con lo político y casi siempre le dominaba, no hay duda.

Toda la Edad Media es un régimen de autonomía popular, a pesar de la servidumbre feudal. Reyes y nobles no imperaban sobre el pueblo, no lo gobernaban al modo que hoy se entiende por gobernar, no gravitaban de continuo sobre él, sino que el pueblo vivía por sí y por sí vivían realeza y aristocracia; expoliando no pocas veces al pueblo, eso sí, a modo de aves rapaces, y otras veces mendigando su concurso y protección. Faltaba todavía la coordinación permanente entre lo político y lo social. Lo político, en estado indeterminado y sombrío, pasaba de raro en raro sobre lo social, como nube de turbonada. No obstante los azares de aquel régimen, el pueblo se sentía dueño de su destino.

Nacen sincrónicamente la Edad Moderna y las nacionalidades. Las monarquías surgen como monarquías absolutas, a base del derecho divino de los reyes.

Pero, si bien se mira, aquel absolutismo y aquella divinidad monárquica eran harto relativos. En cuanto al derecho divino, ¿quién lo podía otorgar? Dios, por medio de su representación en la tierra: la Iglesia. Ahora bien; para la Iglesia, cualquiera que ella sea, lo mismo para la Iglesia Romana que para todas las demás, los hombres son iguales. El hecho religioso se asienta sobre el postulado de la igualdad espiritual de todos los hombres. Este simple e inexcusable postulado mermaba indefinidamente la soberanía política del monarca. Lo político, en esencia, se subordinaba a lo social. El monarca no simbolizaba la idea política sojuzgando el hecho social, antes bien se suponía el rendimiento del rey en aras y por el bien del pueblo. El rey —como la jerarquía eclesiástica, que es asimismo de derecho divino—, asumía el carácter de mandadero o administrador de Dios en su patria y ministro de la comunidad. Ministro vale tanto como servidor. Y en cuanto al absolutismo... Baste recordar que en aquellos tiempos ni se presumía la posibilidad de eso que se llama servicio militar universal y obligatorio, invento del siglo XIX, el democrático. Servía entonces al rey el que quería, mediante soldada. Hay sinnúmero de testimonios que

acreditan la dependencia de los monarcas absolutos respecto del pueblo. Nada tan patético como los ruegos humildes que aquel gran Carlos V, señor del mundo, hacía a los pueblos y Cortes de Castilla por que le proporcionasen pecunia y hombres con que perseverar en sus empresas gloriosas, no osando, él, tan osado, imponer cargas y gabelas a sus vasallos, sin anuencia de ellos.

El derecho divino de los reyes condujo al despotismo ilustrado del siglo XVIII. La comen zón filosófica había ido corrompiendo la fe. Ya no se podía otorgar a la monarquía un fundamento divino. Se le buscó una justificación jurídica. El rey era como padre o tutor; los pueblos, personas en la menor edad; había que educarlos, instruirlos, regirlos con saludable rigor y suave violencia en tanto llegaban a la adultez, si por ventura llegaban. En este concepto patriarcal persistía la idea de supeditación del soberano al pueblo, de lo político a lo social, puesto que, desarrollando más la expresión alegórica, el padre no es tal padre, sino en cuanto tiene prole, hijos que criar y cuidar; en cambio, se supone que toda persona que existe es hijo de vecino, o sea que ha tenido padre, quien ya no existe quizá, sin que por eso haya de perecer el hijo, como no perece un pueblo porque el rey deje de existir. Ya que se admitió el concepto de despotismo ilustrado, fatalmente hubo de abrirse la puerta a la revolución política. La prole, en habiéndose considerado madura, se emancipó y rompió con la autoridad paterna. Y aquí entran las similitudes ocasionales entre la tragedia de Hamlet y el siglo XIX.

La Revolución política de fines del siglo XVIII se hizo con el pueblo y a nombre del pueblo; pero los frutos no los recogió el pueblo. Se pretendió que era una revolución social y sólo fué una revolución política. Resultó que la prole no se emancipó, sino que un segundón se levantó con el mayorazgo. El mayorazgo le correspondía a la aristocracia de sangre; el segundón era la burguesía, la industria, el comercio, la Banca... Como en Hamlet, el hermano menor del rey mata al rey legítimo, se apodera de la autoridad, de la soberanía. Este usurpador no quiere sino que le dejen libre y seguro en su trono; no es amigo de mezclarse ostensiblemente en política. Que otros gobiernen; él se limitará a reinar.

Así comienza el siglo XIX. La burguesía capitalista usurpa el Poder, pero cuida de no

entrometerse descaradamente en las tareas de Gobierno, sino que deja este menester a especialistas y profesionales, a esos que hoy se llaman, por antonomasia, políticos, los cuales, por la cuenta que les tiene, procederán siempre de acuerdo con la oligarquía capitalista. Se formulan los potegmas solemnes de la ideología del siglo XIX: lucha por la existencia; libertad individual, esto es, libertad para la lucha; selección y encumbramiento del más apto y el más fuerte. Al parecer, todo es cuestión de aptitud y fortaleza, y el que no se encumbra no es selecto, ni apto, ni fuerte. Y como el pueblo, en cuanto totalidad, está, por naturaleza, amasado con unidades que, en teoría y por definición, se entiende que no descuella la una de la otra, síguese que el pueblo, como totalidad, es despreciable, inepto y débil. Hay, por el contrario, unos cuantos individuos singulares, agraciados de específica aptitud en lo político y económico; astucia para encumbrarse, acaparar poder o hacienda, y, así, diferenciarse de los demás. Luego los demás, el pueblo, no son sino un pretexto para que, por selección, se produzcan estos individuos agraciados con el don nativo de la política: concejales, alcaldes, diputados, senadores, ministros... Estos son los que gobiernan; el capitalismo es el que reina. El capitalismo es el segundón de la tragedia de Hamlet, que, después de derrocar a la aristocracia, se empinó hasta el trono, desposando en segundas nupcias a la viuda del rey, o sea, la forma vigente de Gobierno, república o monarquía.

Otro perfil exclusivo del siglo XIX, junto con la inversión de los términos lógicos entre lo político y lo social, ha sido el divorcio del pueblo y del espíritu, por culpa del espíritu. Denomino espíritu al espíritu consciente de sí propio: intelectuales y artistas.

El espíritu en el siglo XIX ha sido como una reviviscencia del espíritu de Hamlet. Conoció la usurpación; pero dudó en la línea de conducta. Sutilizó su mente como jamás lo había hecho antes; refinó sus sensaciones hasta la máxima exquisitez; se expandió por los ámbitos de cielos y tierra, especulativamente; pero no se mezcló con el pueblo, y, sobre todo, rehuyó la acción. Se fué quedando, en consecuencia, como Hamlet: pesado de miembros y breve de resuello.

Durante la guerra, los políticos, sin sospechar lo que hacían, empujaron al pueblo hacia la dura faena de defender el feudo de los segundones y de ellos mismos. El pueblo en

masa incorporó el papel de protagonista. Concluída la guerra, no quiere renunciar a su papel. Ya no es cuestión de libertad, de selección, de ver cuál es la onda que de momento descuella sobre el nivel de las aguas. Es cuestión de masa, de caudal impetuoso; es el robusto río en movimiento. La Historia, en estos tiempos, fluye, cambia, se muda, como observó Heráclito; pero fluye, cambia y se muda, con tanta celeridad, que al pobre Hamlet, obstinado en seguir el curso de la Historia, le flaquean las piernas, le ahogan los pulmones, la vista se le nubla. No hay hoy voz humana que se haga oír sobre el runrún del río.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

El Retablo, Madrid, 5 febrero 1921.

La pedagogía

Pedro Dorado Montero

La pedagogía es cosa de pedagogos. Pero los pedagogos, que desempeñan una función tutelar, de desarrollo de energías y formación de personalidades, no se limitan ya a operar sobre niños, como el nombre dado a ellos implica. Hay también, y cada día más, una pedagogía de adultos. Y así como la educación de los niños no se hace sólo en la escuela propiamente dicha, la encerrada entre las paredes de un edificio, sino que para estos efectos es escuela toda la vida, y la vida a campo abierto más escuela todavía que la de instrucción primaria o secundaria, así también sucede, y hasta con mayor razón todavía, con respecto a los adultos, ya que éstos viven, actúan y desenvuelven sus actividades casi completamente en el grande ámbito de la vida social, del que ellos son, precisamente, los mayores fautores y agentes. Para los adultos, la escuela de adultos, cuando asisten a ella, es lo de menos; lo de más, lo exclusivo casi, en cuanto a su educación, es la vida social misma. Y si esta vida será, en gran proporción, según ellos la hagan, también, al contrario, ellos serán —y la harán por consiguiente— según ella los haga a ellos. Y la vida social o ambiente social hará a los hombres conforme ella sea: justos, si justa; solidarios, si solidaria; piadosos, si piadosa; despiadados y crueles, si cruel y despiadada, con base de lucha y prepotencia.



**NUEVOS MÉTODOS DE “ESTABILIZACIÓN”
CAPITALISTA**

FOTOMONTAJE DE JOSÉ RENAU

EL SENTIDO HUMANO DE LA MUJER



Es conveniente hacer destacar en todas sus facetas las diferencias sustanciales o típicas que caracterizan los dos mundos hoy en lucha por la hegemonía en la dirección y apropiamiento de los hechos y principios humanos o vitales. Queremos definir en nuestra expresión «dos mundos» a las dos fuerzas antagónicas, capitalismo y proletariado que, como vemos, se disputan, hoy con más rudeza que nunca, el derecho a ser fundamento en la vida.

Sin pasar ahora a definir algún otro de los infinitos aspectos por los cuales chocan uno contra otro estos dos mundos (uno, el capitalismo, en decadencia, ya que el ciclo histórico de su preponderancia llega a su fin; y el otro, el proletariado, la masa productora, pujante y fuerte, el esclavo que quiere libertarse y lo va consiguiendo poco a poco, aun a costa de grandes dolores), hemos de señalar, aunque sólo sea a título de comentario, la diferencia que en el concepto de la feminidad hay entre ellos y de la que son expresiva muestra las fotografías adjuntas.

En ellas vemos dos tipos bien característicos: el de la decadente y, por lo tanto, teatral y falsa, mujer burguesa, y el de la mujer del pueblo, la trabajadora o campesina, optimista y sana.

En la primera vemos la tan cacareada «flor de estufa»; el sentido mujer en toda su amplitud desaparece en la muñeca de carne aquí representada, individualista y artificial. Nada maternal nos sugiere su actitud, ni siquiera hay en su mirada una atención amistosa hacia los demás. Pero sí un cúmulo de vanidades y la expresión de un deseo de sentirse adorada por todos, y con la convicción de que nadie merece nada de ella.

Todo lo contrario expresa la mujer representada en la segunda fotografía. Ella nos sugiere todo lo que puede ser una mujer: madre y hermana, amiga y amante. En su mirada y la expresión de su rostro hay condensada una atención de cariño hacia todo; de comprensión y amistad hacia todas las cosas. Nos sugiere su contemplación una profunda alegría de vivir y nos sentimos confiados imaginándola compañera nuestra.

Montaje y ajuste de la nueva economía en la sociedad libre

E. Horizonte

IV

SUBVERSION DE PROBLEMAS

DIFERENCIAS BASICAS

La economía capitalista se fundamenta en el interés privado y, por lo tanto, en egoísmos que están unos con otros en pugna.

En cambio, la economía comunista libertaria se fundamentará en el interés colectivo, y el egoísmo, aunque subsistirá inevitablemente, será puesto de acuerdo con el interés de todos, de manera que la finalidad de la economía nueva será completamente distinta de la finalidad de la actual.

Hoy es determinado cualquier hecho económico por el interés de una persona, de una empresa o de una clase. Mañana cualquier hecho económico prescindirá de toda conveniencia particular y será determinado exclusivamente por el interés colectivo, siendo precisamente el fin perseguido por el comunismo libertario poner de acuerdo con éste todos los particulares intereses.

A causas determinantes tan distintas, corresponderán distintos procesos de desarrollo, de modo que la economía del porvenir será absolutamente diferente de la economía actual.

Hoy ha creado el interés privado, tras de una lucha en busca de un equilibrio beneficioso para los explotadores, una serie de rígidos enlaces que determinan con precisión todos los movimientos económicos. Una red de cauces forzosos que determinan las corrientes de la economía. Tales enlaces y cauces serán modificados en absoluto con el nuevo orden de cosas.

La transformación creemos nosotros que debe ser hecha paulatina y metódicamente,

de manera que la economía nueva encuentre en la antigua sólidos cimientos, realizando una transformación y no una aniquilación seguida de una creación nueva, para que nuestra obra sea en realidad un proceso vital y no una hecatombe dolorosa y difícil. Pero, tras de un proceso más o menos largo, la economía cambiará radicalmente, y a tal cambio corresponderá otro equivalente de los problemas que será necesario resolver: una verdadera «subversión de problemas».

Si se nos pregunta cómo organizaremos la nueva economía, no podremos fundamentar la respuesta en los datos presentes, porque, a causa de dicha subversión, resultarán éstos completamente falsos.

LAS FRONTERAS ADUANERAS

Un ejemplo elocuente de cómo influyen los egoísmos particulares en pugna con el interés general para determinar los hechos económicos, se encuentra en las fronteras aduaneras, que hacen que la producción se desplace del lugar geográfico que la Naturaleza impone al dar determinadas facilidades, por tropezar las corrientes económicas con el dique que tales fronteras representan. Así se explica, por ejemplo, que el trigo y el azúcar cuesten en España mucho más caros que en el extranjero. El egoísmo de los terratenientes y de las empresas azucareras ha logrado, con la fuerza coactiva fiscal del Estado, que todos los consumidores se sacrifiquen para que ellos ganen más. Igual hacen los fabricantes de tejidos y, tras de una lucha de unos egoísmos con otros, se alcanza un nivel adecuado que representa un margen de protección para el capitalismo en general a expensas del conjunto de consumidores.

Se ve en este ejemplo la pugna entre el

egoísmo de los explotadores y el interés común, pugna que desaparecerá con éstos en el nuevo régimen, lo que determinará, indudablemente, nuevas corrientes económicas, o sea una estructuración de la economía completamente distinta de la actual.

En este caso de las fronteras aduaneras hemos de distinguir circunstancias accesorias que conducirán a soluciones diferentes, ya que una cosa será el triunfo universal del comunismo libertario y otra muy distinta su triunfo parcial, caso en el que hay también que distinguir entre un régimen de intercambio con los países capitalistas y otro de bloque.

Instaurado en todas partes el comunismo libertario, desaparecerán las fronteras y ya no cabrá hablar de libre cambio ni de proteccionismo, amoldándose la producción a las circunstancias geográficas y entendiéndose unas regiones productoras con otras, mediante pactos federales inspirados en las necesidades de cada región que el nuevo orden de cosas ligará estrechamente con el interés general.

Entonces, y aun cuando sólo rigiera en España el comunismo libertario, pero aceptado por los demás países el intercambio de productos, podríamos traer el trigo de donde se produce con menos trabajo, a cambio de otros productos nuestros que nos sobran, destinando las tierras de labor a otros cultivos más lógicos. Lo mismo el azúcar, cuya producción se ve obligada Cuba a restringir por no encontrarle salida. También podríamos traer los tejidos de donde se produzcan en mejores condiciones, dedicando nuestros tejedores a otros trabajos más racionales dadas nuestras circunstancias.

El boicot de los países capitalistas impondría a nuestra economía determinados enlaces que estudiaremos con oportunidad. Pero en tal caso, su estructuración no tendría por finalidad el predominio de la clase explotadora, ni de ninguna clase determinada, sino el bien general que, no pudiendo ser aún el bien universal, sería el nacional, y los enlaces serían muy diferentes de los actuales, con movimientos económicos completamente distintos.

PRODUCTOS NITROGENADOS SINTETICOS

Otro ejemplo que nos habla de los rígidos enlaces económicos del capitalismo y de su

necesaria modificación es el del aprovechamiento del nitrógeno atmosférico.

Tenemos a la vista un documento oficial: la Memoria sobre el aprovechamiento de los lignitos, presentada tras de un viaje a Alemania, ordenado por la Presidencia del Consejo de Ministros, por el coronel de Artillería don César Serrano y por el ingeniero de Minas señor Mayorga.

Los abonos nitrogenados son indispensables para la agricultura y de ellos ha importado España, durante los años 1925, 1926 y 1927, respectivamente, por valor de 85, 77 y 98 millones de pesetas. Sin embargo, a causa de ser escatimado su empleo, produce nuestro suelo menos de la mitad de lo que rinde en otras partes.

Antes procedía de Chile todo el nitrato empleado en la agricultura de todo el mundo; pero, cuando la Gran Guerra, imposibilitada Alemania de importarlo, acometió la empresa de fijar el nitrógeno de la atmósfera, y en los años 1926, 1927 y 1928 produjo, en promedio, 550.000 toneladas de nitrógeno combinado, equivalentes a unos dos millones y medio de fertilizantes.

Los procedimientos de obtención, empleados no sólo en Alemania, sino ya en todas partes, son tres: el fundamentado en el empleo del arco voltaico; el de la cinamida, partiendo del carburo de calcio, y el que produce directamente amoníaco, combinado a alta presión y temperatura el nitrógeno con el hidrógeno según el método de la Badische Anilin und Soda Fabrik, modificado ventajosamente por Claude, en Francia.

El primer método consume inmensa cantidad de energía eléctrica; menos el segundo, y casi ninguna, o ninguna, el tercero. En cambio, este tercer procedimiento necesita consumir abundante cantidad de lignito.

Ahora bien; dispone España de una potencialidad de extracción anual de cuatro y medio millones de toneladas de lignito, con capacidad para mantenerla durante doscientos años.

¿Tiene derecho España a tener abandonada tal riqueza, cuando tan fácil le es producir con ella los abonos nitrogenados que necesita consumir? Pero el capitalismo es incapaz de resolver este problema, porque su economía se mueve por cauces que han abierto los egoísmos privados. La prueba es que se ha intentado montar dicha industria por la Sociedad Ibérica del Nitrógeno, y sólo se ha conseguido producir 275 toneladas al año. Sería

indispensable emplear en esta empresa incontables millones que encuentran mayor provecho en los monopolios del Estado y en la industria favorecida por el proteccionismo.

GASOLINA SINTETICA

Otro aspecto interesantísimo del aprovechamiento de nuestra inmensa riqueza en lignitos es la obtención de petróleos sintéticos, de los que se puede obtener por destilación las esencias destinadas a los motores de explosión.

Aparte de otros trabajos, tenemos a la vista la antedicha Memoria y un largo artículo publicado por César Serrano en *Ingeniería y Construcción*, en los números de enero, marzo y mayo de 1931, con datos interesantísimos que utilizaremos algún día para la publicación de un folleto, por ser tema fundamental para la estructuración de la nueva economía, y de los que presentaremos aquí un breve resumen.

Según los estudios estadísticos, se prevé el agotamiento total de los yacimientos de petróleo existentes para el año 1990. A partir de 1922, se le supone a España un consumo de 135.000 toneladas en dicho año hasta el de cuatro millones de toneladas, en 1954. Urge, pues, encontrar algo que sustituya al petróleo natural.

Hay sustitutivos que no son petróleo, muy usados durante la Gran Guerra, pero que sólo representan una solución circunstancial del problema. La verdadera solución definitiva es la de fabricar sintéticamente auténtico petróleo.

El problema ha sido resuelto en Alemania por el procedimiento de la «I G», con el proceso siguiente: 1.º Destilación de una pequeña parte de lignito para la obtención de semicoque. 2.º Obtención del hidrógeno por la acción del vapor de agua sobre dicho coque incandescente. 3.º Mezcla de lignito en polvo con aceites pesados. 4.º Acción del hidrógeno sobre dicha mezcla a presión y temperatura determinadas en presencia de catalizadores. 5.º Destilación del petróleo bruto obtenido en la operación anterior obteniendo gasolinas y aceites pesados, consideradas aquéllas como producto final y utilizados éstos para mezclarlos con el lignito en polvo.

Tal procedimiento solamente exige la utilización de lignitos y agua, y ha permitido a la «I G», en 1928, producir una cantidad de

gasolina equivalente al tercio de la importación anterior de Alemania, con precios susceptibles de competencia con la gasolina natural.

Para la obtención de un kilogramo de gasolina se necesita consumir 3'5 kilogramos de lignito conteniendo agua. Así es que los cuatro millones y medio de toneladas de lignito que puede extraer España anualmente de sus minas durante doscientos años, aseguran la producción de todo el combustible líquido que necesitemos consumir.

Pero el capitalismo no puede afrontar esta solución por la existencia de los intereses creados que son fuerzas invencibles que se oponen a toda innovación.

Una tonelada de lignito que puede valer en bocamina unas diez o doce pesetas, tratada químicamente, como se hace en muchas partes, para la obtención de incontables productos, bonos, colorantes, alcoholes, glicoles, aldehidos, cetonas, alcanfor, caucho artificial, etcétera, tendría un valor de más de cien pesetas.

Quiere esto decir que el capitalismo egoísta es como un perro hambriento que, obedeciendo a instintos codiciosos y brutales, desperdicia casi toda la comida vertiéndola fuera del plato.

NUESTRA RIQUEZA EN MINERAL DE CINCO

Existen en la sierra minera de Cartagena importantísimos filones de blendas (sulfuro de cinc) con innumerables toneladas perfectamente localizadas y reconocidas y con todos los elementos de explotación dispuestos para el trabajo, sin que sea posible su explotación económica con el régimen capitalista actual. La razón es la competencia ruinosa de las blendas de Australia, mucho más ricas en metal, con lo que el transporte del 70 % de estéril que contiene nuestro mineral hace que éste sea cotizado a un bajo precio inaceptable. El fundir el cinc en Cartagena no es tampoco solución, porque necesita el transporte del carbón con gasto equivalente.

La única solución sería su extracción electrolítica, para lo que bastaría utilizar el 78 % de la energía hidráulica de nuestros saltos de agua que hoy desperdicia el egoísmo capitalista dejando que las aguas corran al mar, según el trabajo publicado en estas columnas por Alfonso Martínez Rizo.

Esto podrá hacerlo fácilmente el comunismo libertario. Bastará que nuestros obreros extraigan el cobre de Peñarroya y lo fundan transformándolo después en hilos; que trabajen el hierro formando los postes; que fabriquen los aisladores de porcelana; que, con estos elementos, monten las líneas de conexión indispensables; finalmente, que sea así conducida a Cartagena la energía eléctrica sobrante hoy, desaprovechada, y se la emplee para la extracción del cinc.

Esto no puede hacerlo el capitalismo porque necesita vivir alimentado de dinero y a éste le dan los capitalistas otros empleos según les aconseja su egoísmo.

En todos estos casos se ve claramente que la nueva economía será distinta en absoluto de la actual y que los problemas sufrirán una subversión completa. Poco debe importarnos, pues, el que ahora importemos o exportemos tantas toneladas de esto o de lo otro. Los datos actuales nacen de circunstancias que serán modificadas de manera radical.

EL CASO DE LA GUERRA

Para terminar con este tema, vamos a citar el ejemplo más elocuente:

Supongamos que, una vez establecido en España el comunismo libertario, los países extranjeros, tras de vencer los movimientos subversivos que nacerían en sus masas obreras, estableciendo un fascismo robusto y ferroz, considerándonos como un foco peligroso de rebeldía, decidieran atacarnos para destruir nuestra organización con la fuerza bruta de las armas, viéndonos precisados a sostener una guerra defensiva.

El caso de una guerra, por la subversión de los problemas, sería completamente distinto para un país comunista libertario y para otro capitalista.

En los de este último tipo, es el dinero la savia vital que nutre toda la economía, y una guerra sólo puede ser hecha a fuerza de dinero.

El Estado capitalista que sostiene una guerra, gasta en ella sumas enormes de dinero, militariza casi todo el país y su industria, transformándose en empresa, necesitando para esto capitales fabulosos y, en definitiva, se encuentra precisado a movilizar una suma gigantesca de numerario que no existe y que necesita inventar.

Tal es el proceso de la inflación que cons-

tituye para la economía capitalista una gravísima enfermedad y que ocasiona, una vez terminada la guerra, para ambos beligerantes, vencedor y vencido, y aun para los países neutrales, una terrible crisis económica como la que padece ahora el mundo.

Pero tal crisis no lo es de la economía en su propia esencia, ya que subsisten el suelo, los edificios, las fábricas, la técnica y los obreros productores. Tal crisis es sencillamente monetaria. El organismo sigue sano en sus músculos, en sus huesos y en sus nervios, pero tiene enferma la sangre, el dinero.

En una economía comunista libertaria, sin dinero, tal enfermedad no puede existir.

La guerra exigiría de nosotros un esfuerzo enorme. Todos los productores nos veríamos precisados a trabajar mucho y a consumir poco; pero una vez terminada, volveríamos poco a poco al ritmo normal sin posible enfermedad de una moneda no existente.

No se habría dado el caso de que la guerra hubiese destruido el equilibrio económico fundamentado sobre la existencia del dinero, enriqueciendo precisamente a los más desaprensivos y cínicos y dejando al Estado en gravísimo aprieto.

El pueblo comunista libertario, una vez rechazado el enemigo, no atravesará una crisis económica de postguerra, como los agresores. Esto facilitará el triunfo universal de nuestro sistema y, si se nos ataca, será porque el capitalismo, enloquecido, apresurará su muerte con esfuerzos desesperados inconscientes y suicidas.



La compulsión religiosa y el instinto sexual ⁽¹⁾

S. Velasco

III

EL AUTOCONTROL Y LAS EXAGERACIONES MISTICAS

No cabe duda alguna de que animaba a los sacerdotes de Egipto —como aconteciera, con toda seguridad, en las organizaciones hieráticas de todos los credos— la idea eje de que era indispensable, para elevar el nivel mental de la estirpe humana, sujetar las necesidades sexuales a ciertas normas a fin de que los individuos aprendiesen a ejercitar el control de las propias pasiones y dominasen al sensorio mediante la cultura y firmeza de las voliciones.

Ello evidencia que se habían dado cuenta de que el sexo es la expresión biológica del principio generador y que, como recientemente demostrara el reputado y discutido doctor Segismundo Freud, a quien debemos la sistematización científica de la doctrina psicoanalítica, en la base de todos los pensamientos y acciones se halla, latente, la manifestación de uno de los aspectos fundamentales de la ley universal de reproducción. No ignoraban aquellas gentes la vitalísima importancia que los humanos conceden al goce y sabían que no existe hombre alguno normal que deje de esforzarse por alcanzar lo más preciado de la vida: el placer erótico.

Pero si su inteligencia logró descubrir buen número de leyes naturales, interpretar no pocos aspectos de la compleja organización sidérea y desentrañar bastantes arcanos de la existencia humana y de las facultades psíquicas, no acertaron a emprender la ruta que hubiera podido conducirles al pleno logro de

la anhelada capacidad perfectibilista, ya que, con el fin de librar al ser humano del dominio excesivo de los sentidos y elevarle a las inefables regiones del pensamiento, sumieron a la humanidad en un caos de contradicciones. Impulsados por el prurito ordenador y por la soberbia pretensión de fijar normas a aquello que por su misma naturaleza escapa a toda reglamentación, los sacerdotes de Osiris trocaron en problema casi insoluble la sencilla y diáfana atracción sexual que lleva, naturalmente, sin previas complicaciones, al deliquio erótico.

De esta suerte, por pretender dar cauces extranaturales al sexo que, por sí mismo, es genuinamente eutésico, es decir, armonizador, arrojaron en un laberinto enloquecedor a multitud de cuerpos y a no pocos espíritus que creyeron firmemente en la eficacia de este colusorio sistema sacerdotal; el que, si bien moderadamente y como consecuencia de un autodomínio reflexivo podía, en algunos casos, someter los deseos sexuales en beneficio de la psique, había de producir efectos desastrosos al recibir los efluvios del exclusivismo, de la sistematización y del fanatismo tenaz de los místicos.

Estos, pretendiendo aportar consuelo a las mentes inquietas y atormentadas por la pasión, contribuyeron en no escasa medida a envenenar un asunto que, en su estado natural, nada tiene de complejo, puesto que se desenvuelve en la más absoluta armonía, y pretendiendo sofocar las manifestaciones de la libido forjaron un ideal de senectud por el que se cifraba el supremo bien en el amor «infinito» de los cielos, lo cual equivalía a renunciar a lo tangible por lo hipotético fantasmático. El místico inducía al hombre a abandonar un tesoro real por una esperanza, mejor dicho, por un espejismo.

Bajo el tórculo de semejante norma de vida,

(1) Véase ESTUDIOS, núms. 114 y 115.

por completo alejada de la ley natural, las juventudes humanas hubieron de renunciar, o por lo menos poner un freno a las encontradas emociones que asaltan al individuo en esa época de la existencia en que todo en él es oscilante, movable, por efecto de los embates de las pasiones y del dolor. El impulso amoroso, esta fuerza instintiva que despierta al alma y la hace aspirar los embriagadores perfumes del deleite frente a las amarguras del sufrimiento, comenzó a hallar sucesivos valladares para su otrora ilimitada expansión, y, así, privada la juvenil falange del libre intercambio de los afectos, vió desvanecerse paulatinamente aquellos sueños venturosos y desaparecer, unos tras otros, los goces y las alegrías que hasta entonces constituyeran el móvil de sus gestas gloriosas. El error de los místicos, exagerando la nota inicial y predicando el desprecio del sexo en holocausto de una divinidad, encapotó el diáfano firmamento y la esplendente luz que bañara a cuanto se relacionaba con el sensorio, vióse empañada por sucesivos cendales que, finalmente, posibilitaron el imperio de las tinieblas, es decir, el auge de la ignorancia que caracterizara a la Edad Media.

No obstante, antes de que se llegara a ese estado de cosas en que la teocracia católica sumió al mundo, sofocando la inteligencia y anatematizando al sexo, volvió éste por sus fueros, y la rebelión de los impulsos naturales manifestóse —quizá de una manera inconsciente— en reiteradas trasgresiones de la norma establecida por las jerarquías sacerdotales, y ya en la cuna misma de las medidas compulsoras, es decir, en el propio Egipto, y luego en Caldea, como tendremos ocasión de ver, sucediéronse con inopinada rapidez las defecciones de los ascetas, y los casos de delirio erótico y otros trastornos psicopáticos hicieron presa en los cuerpos y en las mentes de quienes habían pretendido aniquilar en sí y en los demás las funciones genésicas.

Lejos de atajar el mal valiéndose de medios sencillos y recurriendo al único procedimiento eficiente, que consistía en anularse las trabas instituidas y devolver a la libido la plenitud de la luz y de la libertad, los sacerdotes —ya inevitablemente resbalando por la pina cuesta del error— remacharon las cadenas y, como única puerta de escape, abrieron un boquete en la legislación arbitraria, dando alas a la prostitución que, si en un principio pudo parecer un paliativo eficaz, no hizo más que agravar la dolencia convirtiéndose en

foco de descomposición ética y en factor de juveniles perversiones.

He aquí cómo, partiendo de principios morales y de supuestas medidas coadyuvantes al perfeccionamiento mental, las religiones, desde hace más de cinco mil años, se esfuerzan por mantener bajo su férula cuanto se refiere al sexo, y hacen perdurable el desvarío falaz de los místicos que, en su tesón unilateralista, olvidaron que el equilibrio —base de perfeccionamiento constante— está en la armónica conjunción de las dos actividades más elevadas del hombre: pensar y amar. Puestos los ojos en el cielo no se percataron los teólogos de que la magna belleza del amor y el alcance vivificante del arte velan mucho más que la omnipotencia divina, que los paraísos de ultratumba y que la fulgente grandiosidad de los luminare que recaman la azul bóveda celeste.

La pedantería

Schopenhauer

El origen de la pedantería es la falta de confianza en el propio criterio, que hace que el pedante no se quiera confiar a él para decidir de lo que conviene a cada caso particular y le ponga como bajo tutela, sirviéndose de conceptos generales, de reglas, de máximas y ateniéndose rígidamente a éstas así en la vida como en el arte, y hasta en la conducta moral. De aquí que el pedante se apegue a la forma, a la manera de la expresión y a la palabra que en él ocupa el lugar de la esencia de la cosa. Esto se manifiesta pronto en la incongruencia del concepto con la realidad, en la dificultad de descender al caso particular, porque su afán de generalizar y la rigidez de sus determinaciones nunca se pueden adaptar a los fines, matices y modificaciones varias de la realidad. El pedante, con sus máximas generales, se llega siempre a la vida demasiado escuetamente, carece de tacto, es insípido, inútil; en el arte, en el cual el concepto es estéril, produce engendros torpes, sin vida, enfáticos y amanerados.



¡Abajo la guerra!

Las «bellezas» de la guerra

Leónidas Andreiev

...Estaba ya dormido cuando el doctor me despertó empujándome suavemente. Lancé un grito, despabilándome lleno de sobresalto, como gritamos todos cuando nos despiertan de un modo inesperado, y me precipité hacia la salida de la tienda. Pero el doctor me tenía asido fuertemente de la mano, y se excusaba:

—Perdóneme que le haya asustado. Sé de sobra el sueño que usted tiene.

—No he dormido en cinco días con cinco noches—balbucí yo.

Torné a aletargarme; me parecía que ya había dormido mucho tiempo, cuando el doctor se puso a hablar otra vez, palpándome ligeramente los costados y las piernas...

—Es urgente... Se lo suplico, amigo mío, porque es urgentísimo... Sigo creyendo que han quedado por allí algunos heridos y yo no puedo...

—¿Qué heridos? ¿No los ha estado usted transportando durante todo el día? ¡Déjeme!... Está usted fastidiándose; considere que llevo sin dormir cinco días con cinco noches.

—¡No se enfade, amigo mío! —balbució el médico colocándome el gorro sobre la cabeza—. Todo el mundo duerme y no hay medio de despertar a nadie. He conseguido encontrar una locomotora y siete vagones, pero necesito gente. Yo lo comprendo todo muy bien, amigo mío, pero le ruego que me acompañe. Todos duermen y todos se niegan a venir. Yo mismo abrigo el temor de dormirme. Ya no recuerdo desde cuándo estoy sin descansar. Me parece que comienzo a sentir alucinaciones... Pero vamos, amigo, bájese... Ahora, esa pierna; después, la otra... Así...

El doctor estaba pálido y vacilaba al andar; comprendíase fácilmente que, en cuanto posara la cabeza en la almohada, se dormiría para muchos días. Mis piernas se doblaban también; hasta estoy seguro de haberme dormido mientras caminábamos. Por lo menos, no recuerdo cómo me encontré repentinamente ante una fila de negras siluetas, que no

eran otra cosa sino la locomotora y los vagones. Junto a ellos vagaban lenta y silenciosamente algunos hombres apenas visibles en las tinieblas. No había un solo farol ni en la locomotora ni en los vagones; solamente el horno de la locomotora lanzaba sobre los rieles un débil resplandor rojizo.

—¿Qué quiere decir esto?—pregunté yo retrocediendo.

—El que nos vamos; ¿no se acuerda usted ya? Nos vamos...—balbució el doctor.

La noche era fresca y él temblaba de frío. Al mirarlo, me puse igualmente a tiritar con todo mi cuerpo.

—¡Caramba! —exclamé—. ¡Bien podía usted haber escogido a otro!

—¡Silencio! ¡No grite!

El doctor me agarró de la mano.

Uno, invisible a causa de las tinieblas, dijo:

—Aunque ahora se pongan a disparar con todos los cañones, nadie se moverá. Todos duermen del mismo modo. Puede uno acercarse a ellos y atarlos sin que se despierten. Acabo de pasar junto al centinela: me miró y no dijo una palabra. Ni siquiera se movió. Probablemente dormirá también. Es asombroso que no se caiga.

El que me hablaba así bostezó y, a juzgar por el roce de su ropa, se desperezó. Puse el pie en el estribo de un vagón para subir a él, pero en aquel momento el sueño se apoderó de mí. Alguien me levantó por detrás y me acostó; yo lo rechacé con los pies y me dormí de nuevo. En medio de mi sueño, pude oír fragmentos de conversación:

—Al séptimo kilómetro.

—Hemos olvidado los faroles.

—Empuja un poco... Hacia atrás... eso es...

Los vagones se movían; oíase el ruido de sus herrajes. Poco a poco, gracias a aquel rumor y a que yo estaba acostado en una postura tranquila, el sueño principió a abandonarme. El doctor se durmió y, cuando cogí su mano, ésta parecía la de un cadáver por lo pesada e inerte. Ya el tren se puso en marcha

lentamente, con muchas precauciones, temblando un poco, como si tanteara el camino.

Un estudiante, que pertenecía a Sanidad, encendió una vela en el interior de un farol, alumbrando así las paredes y el agujero negro de la puerta.

—¡Maldita sea! —exclamó colérico—. Ellos no nos necesitan para nada. Despierte usted al doctor antes de que se duerma profundamente, pues de lo contrario, no se podrá hacer luego carrera de él. Lo sé por experiencia.

Despertamos al doctor, que se sentó mirando en torno suyo sin darse cuenta de nada. Manifestó deseos de acostarse de nuevo, pero nosotros no se lo consentimos.

—Ahora nos convendría echar un traguito de *vodka*— dijo el estudiante.

Bebimos un poco de *vodka* y el sueño nos abandonó por completo. El cuadrilátero de la puerta, grande y negro, principió a ponerse rosado y, después, rojo. Detrás de las colinas veíase como un enorme incendio silencioso; parecía que salía el sol en mitad de la noche.

—Está muy lejos. Lo menos a siete kilómetros de aquí.

—Tengo frío—dijo el doctor entrechocando los dientes.

El estudiante se acercó a la puerta y me llamó, haciéndome señas con el dedo. Miré afuera: en diversos puntos del horizonte y formando una cadena inmóvil, veíanse análogos incendios, como si al mismo tiempo salieran numerosos soles. Ya no era tanta la oscuridad. Las lejanas colinas se erguían distintamente trazando una línea negra y ondulada, en tanto que más cerca de nosotros todo estaba inundado por una dulce luz silenciosa e inmóvil. Lancé una mirada al estudiante; su rostro aparecía igualmente iluminado por aquel mismo color espectral de un rojo sangriento, pronto a transformarse en aire y en luz.

—¿Hay muchos heridos?—le pregunté.

Trazó con la mano un gesto de desesperación.

—Hay más locos que heridos.

—Pero, ¿locos de verdad?

—¡Usted mismo lo está!

Me miró y sorprendí en sus ojos la misma expresión paralizada, salvaje y llena de helado horror, que sorprendiera en el soldado muerto de insolación.

—¡Qué cosas se le ocurren!—le dije volviendo la cabeza.

—Y el doctor está también loco. ¡Fíjese en él!

El doctor no lo oyó. Hallábase sentado a la turca, con las piernas cruzadas; mecíase y movía en silencio los labios y las puntas de sus dedos. Tenía en su mirada la misma expresión paralizada, estupidizada y absorta.

—Tengo frío—dijo, mientras su rostro esbozaba una sonrisa.

—¡Que os lleven los demonios a todos!—exclamé yo, yéndome a un rincón del vagón—. ¿Por qué me habéis traído con vosotros?

Nadie contestó. El estudiante contempló el cielo enrojecido y silencioso y yo vi su nuca amarillenta cubierta de cabellos rizados; al verla me imaginé una fina mano de mujer acariciando aquellos cabellos.

Esta imagen se me hizo tan desagradable que principié a odiar al estudiante y a no poderlo ver sin experimentar náuseas.

—¿Cuántos años tiene usted—le pregunté.

El no se volvió siquiera, ni me contestó nada.

El doctor seguía meciendo su cuerpo.

—Tengo frío.

—Cuando pienso —dijo el estudiante, siempre sin volverse hacia mí— que hay un sitio en la tierra con calles, casas y universidades...

Detúvose en seco, como si ya hubiera dicho todo lo que podía decir, y se calló.

El tren se paró de un modo tan brusco, que me hizo dar contra la pared del vagón. Oyéronse voces y saltamos a tierra.

Delante de la misma locomotora, sobre los rieles, había un informe bulto, del cual no se distinguía más que una pierna.

—¿Es un herido?

—No; un muerto. La cabeza está separada del cuerpo... No sé lo que usted opinará, pero yo voy a encender el farol; de lo contrario se correría el riesgo de aplastar a los heridos.

El bulto fué quitado de la vía. Hubo un momento en que la pierna se abrió como disponiéndose a correr a través del aire, y luego todo desapareció en una pequeña torrencera. El farol estaba encendido y la locomotora tornóse súbitamente negra.

—¡Escuchad bien!—musitó uno de nosotros, con un terror reconcentrado.

¿Cómo no oímos antes esto? Por todas partes, sin poder precisar exactamente de dónde venía, llegaba hasta nosotros un gemido acompasado, tenue, admirablemente tranquilo en su amplitud y hasta pudiera decirse que indiferente. Habíamos oído durante la

guerra muchos gritos y gemidos; pero lo que oíamos ahora era una cosa completamente distinta. Los ojos no distinguían nada sobre la superficie vaga y rojiza de la llanura y, por esta causa, tenía la impresión de que la misma tierra o el cielo, iluminado por un sol que no se veía, eran los que lanzaban aquellos gemidos.

—¡El quinto kilómetro!—dijo el maquinista.

—Ese rumor viene de allá—explicó el doctor, señalando con la mano delante de sí.

El estudiante sintió un estremecimiento y se volvió lentamente hacia nosotros.

—¡Qué horror! ¡Esto me vuelve loco!...

—¡En marcha!

Caminamos a pie delante de la locomotora. Nuestros cuerpos proyectaban sobre la vía una larga sombra que no era negra, sino vagamente rojiza, merced a la dulce luz, inmóvil y silenciosa, que se veía en diferentes extremos del tenebroso cielo. A medida que avanzábamos, íbase haciendo cada vez más lúgubre y fuerte aquel gemido salvaje e inaudito, cuya causa no se vislumbraba, pues parecía brotar del aire rojo, de la tierra y del cielo.

Interrumpido y extrañamente indiferente, parecía a veces al ruido que hacen los grillos en las praderas, cuando reina el estío.

Veíamos cada vez más muertos. Después de haber lanzado sobre ellos una rápida mirada, quitábamos de la vía aquellos cadáveres indiferentes, tranquilos e inertes, que dejaban en donde estaban manchas oscuras y gráficas de sangre. Al principio, los contábamos; pero pronto perdimos la cuenta y renunciábamos a hacerlo. Eran numerosos, demasiado numerosos los muertos en el curso de aquella noche lúgubre, llena de frío y que gemía por cada uno de sus átomos.

—¿Qué es esto?—gritaba el doctor—. Escuchen ustedes bien...

Y amenazaba a alguien con el puño.

Nos acercábamos al sexto kilómetro y los gemidos se hacían más distintos y claros. Adivinábanse ya las bocas contraídas que los lanzaban. Nosotros, llenos de ansiedad, atravesábamos con nuestras miradas las tinieblas sonrosadas y engañosas en su luz espectral, cuando casi a nuestro lado, en la parte baja de junto a la vía, uno lanzó un gemido pleno de llamamiento y de lágrimas. Encontramos inmediatamente a aquel herido; creímos que no tenía en su semblante más

que ojos. ¡Tan grandes nos parecieron cuando los iluminó el farol!

El infeliz dejó de gemir; nos contemplaba a uno tras de otro; contemplaba también los faroles. Su mirada expresaba la loca alegría de ver hombres y luces, así como el loco terror de que todo esto desapareciera al instante, igual que una visión. Acaso había soñado ya muchas veces que unos hombres con faroles se inclinaban sobre él, esfumándose luego la pesadilla sanguinaria y vaga.

Continuamos nuestro camino, y, al poco tiempo, tropezamos con otros dos heridos. Uno estaba tendido encima de la vía y el otro gemía al lado en el fondo de un pequeño barranco. Cuando los hubimos recogido, el doctor, trémulo de rabia, me dijo:

—¿Qué tal?

Y me volvió la espalda.

Algunos metros más allá, nos encontramos con un soldado ligeramente herido, que avanzaba por sí solo, sosteniendo uno de sus brazos con el otro. Marchaba derecho hacia nosotros, inclinada la cabeza, y ni siquiera pareció vernos, cuando tuvimos que apartarnos un poco para dejarlo pasar. Llegado hasta la locomotora, detúvose un instante, le dió la vuelta y siguió a lo largo de los vagones.

—Sería mejor que te sentaras—le gritó el doctor.

Pero el soldado no le hizo caso alguno.

Los primeros heridos nos aterrorizaron. Luego los encontrábamos cada vez con mayor frecuencia sobre la vía y al lado de ella. Todo el campo iluminado por las llamas inmóviles y rojas de los incendios, tornóse inquieto como un ser vivo y se llenó de gritos desgarradores, de blasfemias y de lamentos. Moríanse y arrastrábanse por el suelo unas formas oscuras, semejantes a cangrejos que se hubieran dejado escapar de una cesta, abiertas las piernas, en posturas ridículas, con movimientos pesados y torpes y casi sin conservar parecido alguno con los hombres.

Mostrábanse unos silenciosos y dóciles, mientras que otros gemían, aullaban, juraban y nos odiaban a nosotros, salvadores suyos, con un odio ardiente, como si nosotros fuéramos los que hubiésemos creado aquella noche sangrienta e indiferente, aquella soledad en medio de la noche y de los cadáveres y aquellas terribles heridas.

Ya no quedaba sitio en los vagones. Nuestra ropa estaba empapada de sangre, como si hubiéramos permanecido mucho tiempo bajo una sangrienta lluvia; pero llegaban

continuamente nuevos heridos y el campo, reavivado, seguía agitándose salvajemente.

Algunos heridos se arrastraban por sí solos hacia los vagones y otros se acercaban a pie titubeando y cayéndose. Uno se presentó medio corriendo. Tenía el rostro casi completamente cubierto de sangre y no se le veía más que un solo ojo que brillaba de una manera feroz y terrible. Iba casi desnudo, como si acabara de salir del baño. Habiéndome rechazado a mí, clavó su único ojo en el doctor y lo sujetó rápidamente por el pecho.

—¡Voy a romperte la cara! —le gritó, zarrandeándole fuertemente y añadiendo un juramento extremadamente cínico—. ¡Voy a romperte la cara! ¡Todos sois un hato de canallas!

El doctor se desembarazó de él y, ahogándose de cólera, le chilló:

—¡Te voy a entregar a la justicia militar, idiota! ¡Haré que te encierren en un calabozo! ¿No ves, animal, que no me dejas trabajar?

Los separaron; pero mucho tiempo después, el soldado seguía gritando:

—¡Canallas! ¡Os voy a romper la cara!

Yo estaba ya casi sin fuerzas y me había apartado un poco para fumarme un cigarrillo y descansar. Merced a la sangre seca, mis manos parecían metidas en guantes negros, mis dedos se doblaban con dificultad dejando caer los cigarrillos y las cerillas. Cuando, al fin, pude encender uno, su humo me pareció tan nuevo, tan extraño y de un gusto tan especial, que no lo conocí igual nunca, ni antes, ni después.

En aquel momento se acercó a mí el estudiante sanitario con quien había venido en el tren; súbitamente me pareció que lo había visto hacía muchos años; pero no podía acordarme dónde fué. Avanzaba con paso firme, como de parada, y miraba por encima de mi cuerpo hacia una parte más lejana y más alta.

—¡Duerme! —dijo con voz aparentemente tranquila.

Sus palabras me molestaron, como si este reproche fuera directamente contra mí.

—¡Olvida usted que, durante diez días, se batieron como leones!

—¡Duermen! —repitió el estudiante, sin dejar de mirar por encima de mi cuerpo en dirección más alta.

Luego inclinóse hacia mí y, amenazándome con el dedo, continuó con la misma voz tranquila y desabrida:

—Tengo que decirle a usted...

—¿El qué?

Inclinóse todavía más, me amenazó otra vez con el dedo y repitió, como si se tratara de una idea completa:

—¡Yo se lo diré a usted!... ¡Yo se lo diré!... Y usted, a su vez, lo dirá también...

Y, sin dejar de clavar en mí su severa mirada ni de amenazarme con el dedo, sacó su revólver y se disparó un balazo en la sien.

Esto no me asombró, ni me espantó absolutamente nada. Quitándome el cigarrillo de la mano izquierda palpé su herida y me dirigí hacia los vagones.

—El estudiante se ha disparado un balazo en la cabeza —dije al doctor—. Me parece que está vivo todavía.

El médico llevóse ambas manos a la cabeza con un gesto de desesperación, y gimió:

—¡Qué diantre! Ya no hay sitio para nadie... Este va pronto a dispararse también un pistoletazo. Y yo —gritó con voz enojada y amenazadora—, yo voy a hacer también lo mismo. ¡Palabra de honor! Sí; le ruego que siga el tren a pie: ya no queda nada vacío. Si quiere, puede usted quejarse de mí...

Y, sin dejar de gritar, volvió la cabeza. Acerquéme al que iba a dispararse pronto un pistoletazo. Era un sanitario y me pareció que también se trataba de un estudiante. Estaba de pie, con la frente apoyada contra el cierre del vagón; los sollozos agitaban sus hombros.

—¡No llore más! —le dije, dándole una palmada en el hombro tembloroso.

Pero ni siquiera alzó la cabeza; se calló y siguió llorando. Tenía la nuca amarillenta como el otro; abierto de piernas y encorvado, parecía a un borracho con vómitos. Llevaba el cuello manchado de sangre; probablemente los heridos, que transportaba, lo debían abrazar en torno de la garganta.

—¿Qué hay de bueno? —le pregunté con impaciencia.

Separóse él del vagón, e inclinada la cabeza y abatido como un viejo, se alejó de nosotros. Lo conseguí sin saber por qué.

Anduvimos mucho tiempo, alejándonos siempre del tren. Me pareció que el sanitario lloraba. Yo mismo me sentí con grandes ganas de llorar.

—¡Alto! —le grité deteniéndome.

Pero él avanzaba sin cesar, tirando trabajosamente de sus piernas, encorvado y semejante a un viejo con sus hombros estrechos y su andar inseguro. Pronto desapareció en las

rojizas tinieblas que se parecían a la luz, aunque no alumbraban.

Quedéme solo.

A la izquierda, ya lejos de mí, pasó una hilera de luces vaporosas: era el tren que se ponía en marcha.

Quedéme solo entre los muertos y los moribundos. ¿Cuántos eran?

En torno mío todo estaba inmóvil y yerto; pero, más lejos de mí, el campo se agitaba

como si estuviera vivo o, por lo menos, yo experimentaba esta sensación, merced a mi soledad. Los gemidos continuaban. Arrastrábanse por la tierra, sutiles, desesperados y semejantes a llantos de niño o a gritos de perritos abandonados y helados. Aquellos gemidos traspasaban el cerebro como una aguja fina, glacial e interminable, que se revolviera en él hacia adelante y hacia atrás... hacia atrás y hacia adelante...

El espíritu militar

Han Ryner

ESCENA CUARTA

(Dos meses después, a orillas del Aisne)

MÉDICO.—Me estoy acordando de lo que dijiste el día antes de declararse la guerra, y todo mi ser interno hállase sacudido por una risa de dolor.

HAUPTMANN (soltando una carcajada, que se prolonga, y el eco reproduce como un relincho). Pues yo exteriorizo mi hilaridad como el galope y los relinchos de un semental.

MÉDICO.—No calumnies a tu risa que se asemeja al llanto. Porque es la misma que surge de la boca de los diputados y senadores, pletóricos de patriótica indignación y faltos de comprensibilidad frente a los serenos razonamientos de los que nos damos cuenta de la realidad.

HAUPTMANN.—¿Es que no escuchas el canto de la victoria bajo el estruendo y la charanga de los combates?

MÉDICO.—Estoy vislumbrando la derrota.

HAUPTMANN.—En nosotros se estremece ya, a flor de piel, la alegría del vencedor. Pero no la alcanzamos inmediatamente porque la victoria representaría el final de la guerra. Y no sabes cuánto odio hay amontonado en el corazón del vencido.

MÉDICO.—¿Estás loco?

HAUPTMANN.—Para las gentes vulgares, las más nobles exaltaciones no pasan de ser locuras. Pero el ente generoso, que no deja seducirse por los «predicadores del buen sueño» y propagandistas de la sabiduría inerte, ¿qué otra actividad, fuera de la bélica, puede lanzarle a su elemento y proporcionarle toda la alegría?

MÉDICO.—¡Desdichado! La derrota...

HAUPTMANN.—La derrota, que es la madre de las revanchas, es mil veces preferible a la paz opaca.

MÉDICO.—Esta locura nietzscheana...

HAUPTMANN.—Es la única sabiduría del soldado. No queremos, en modo alguno, llevar una existencia adormecida en un monótono sueño alternado con bostezos. Para el hombre valeroso, la vida no se mide por su duración, sino por su intensidad. ¿Qué atractivos tiene una existencia sin emociones y sin fiebres? En verdad te digo que estos dos meses, por sí solos, valen más que diez vidas.

MÉDICO.—¿Te dura todavía la embriaguez de la champaña que bebiste el día en que se rompieron las hostilidades?

HAUPTMANN.—Todo mi ser es como la champaña.

MÉDICO.—¿Cómo...?

HAUPTMANN.—Puesto que hoy en día los

hombres de valor no podemos castigar personalmente a los villanos, atravesarles con nuestra espada o darles muerte; ya que en la actualidad, durante los períodos de paz, no existe la libertad para nadie, sujetos como nos hallamos a las convenciones, leyes y tribunales, el hombre superior mira a la guerra como un beneficioso impulso que destapa la botella. Entonces me lanza, en un despliegue de todo mi ser, hacia un goce que espumea.

MÉDICO.—Mejor dirías que babea.

HAUPTMANN.—En fin, el hombre eterno rechaza aquello que le sofoca, y surge a la vida por medio de voluptuosidades sangrientas.

MÉDICO.—Me horrorizas.

HAUPTMANN.—¡Ah! ¡Poder matar sin temor a que le llamen a uno asesino, quemar poblados enteros sin miedo al rigor de los jueces, desplegar libremente, entre el estruendo y las aclamaciones, todo el vigor y la envergadura del propio poder! ¿En qué lugar puede manifestarse con mayor magnificencia y desenvolverse ampliamente la fuerza de un individuo, sino ante la belleza, el chisporroteo y el estremecimiento que asciende de un vasto telón de llamas y de incendio? Aquella catedral que está ardiendo tiene, para mí, más poder de exaltación que todos los clarines de la victoria.

MÉDICO.—El más insignificante de los obreros que pusieron su esfuerzo en esta magna obra arquitectónica, me parece más digno de envidia y más noble que cualquier guerrero.

HAUPTMANN.—Como un alarife cachazudo y paciente, preparó mis dionisiacas delicias. Construyó el caparazón de los fuegos de artificio que hoy regocijan a mi vista y mi corazón. En los bastidores de la Historia levantó y preparó mi apoteosis.

MÉDICO.—De igual manera como en la actualidad la Historia maldice a los vándalos, nuestros antepasados, el futuro nos detestará.

HAUPTMANN.—En tal caso, la Historia no sería otra cosa que los anales de la incompreensión y la demencia. Ya dijo el divino Zarathustra que «el hombre ha nacido para la guerra».

MÉDICO.—Sí, ya sé: «Y la mujer, para solaz del guerrero.» Estas frases, a la vez absurdas, brutales y raquílicas...

HAUPTMANN.—Quizá eres tú el único que las comprende así, porque tomas la palabra «mujer» en su sentido propio... Pero fíjate qué maravilla de riqueza y simbolismo encierra. Ante la arrogante virilidad del castrense, todo lo demás se trueca en femenino, porque el

mundo tiembla de terror y admiración. Esto a que Zarathustra llama «mujer», y que se ha creado para nuestro deleite, es la tierra entera. ¿O no te das cuenta de que el celo de nuestra alma violó también la catedral?

MÉDICO.—Pero...

HAUPTMANN.—¿Oyes...? Están dando el alerta... Corro hacia la alegría de matar o hacia la dicha de morir, entre la voluptuosa visión de la sangre y del fuego que lo invaden todo como una púrpura real y conquistan el universo.

(Se marcha corriendo.)

MÉDICO.—Ya hacía tiempo que lo sospechaba, pero hoy me he cerciorado de que eso que se llama «el espíritu militar» llama a voces la ducha calmante y la camisa de fuerza.

TELON

Guerra a la guerra

José V. Jordán

La guerra a la guerra debe iniciarse con el concurso eficaz de las mujeres, y en especial de las madres. Ellas deben y pueden realizar en el corazón, en la cabeza, en el alma de sus hijos.

Ellas deben pensar como Herminia C. Brum na y preguntarse: «Si las madres inculcaran en el corazón de sus pequeños la convicción de que los soldados son asesinos y la guerra un crimen: ¿hijos de quiénes iban a ser los guerreros?»

Felices los pueblos cuyas mujeres tienen la valentía de aconsejar a sus hijos, mientras le acarician en «la cuna de sus brazos», como la santa madre del verso de Emilio Carré: «¡Amor mío, yo no quiero que seas soldado!» Felices esos pueblos, porque habrán logrado forjar el tipo del hombre del porvenir: «el soldado de la paz».



Ensayo programático del Comunismo libertario

Isaac Puente

España, o la península ibérica, será una *Confederación de ciudades libres y de Municipios libres*. En el siglo XVI, antes de la absorción por el Estado de las libertades del pueblo, en España, como en todas las naciones de Europa, existían dos distintas formas de colectividad social. La *ciudad libre*, dividida en Asociaciones gremiales, dispuestas en barrios o en calles, de las que aún se conservan denominaciones de calles en ciertas poblaciones antiguas, y el *Municipio libre*, en los pueblos campesinos. La *ciudad libre* tenía su milicia, y en ella gozaban de autonomía las Asociaciones gremiales de artesanos, que se confundían, además, con Agrupaciones de barriada. La población actual de las poblaciones es bastante más compleja y numerosa, pero puede organizarse por Agrupaciones gremiales, como los actuales Sindicatos, y por Agrupaciones de barriada. En los primeros momentos de la implantación del Comunismo libertario, y en tanto se produce la descongestión emigratoria de las grandes poblaciones fundadas sobre el parasitismo capitalista y estatal, será menester aprovechar la organización sindical y de barriada, que encaja dentro de la tradición y de las instituciones que fueron seculares.

* * *

El Comunismo libertario, tal como se viene exponiendo por los teóricos anarquistas, y tal como se entiende por los militantes de la C. N. T., puede concretarse en un programa mínimo como el siguiente:

1.º ABOLICION DE LA PROPIEDAD PRIVADA. Esta aspiración es propia de todas las escuelas socialistas, y es la garantía indispensable para que un régimen merezca el nombre de comunista. Se funda en un derecho natural, elemental y primario, según

el cual todo hombre tiene derecho a vivir. Se apoya en un razonamiento tan liso y llano como el siguiente: siendo el hombre producto de la Naturaleza, no puede alegar sobre ella un derecho de posesión exclusivo. Sólo tenemos un título de propiedad legítimo: el que nos confieren nuestras necesidades. Por lo tanto, sólo tenemos derecho de posesión sobre lo que necesitamos, y en tanto lo necesitamos. Todo aquello que tomamos sin necesidad, sustrayéndolo a otros, representa una detentación y un despojo.

Si no tenemos derecho a acaparar la Naturaleza, tampoco lo tenemos para acaparar aquello que ha sido producido por el hombre. Nadie puede pretender haber producido algo por sí mismo, por su esfuerzo exclusivo. Todo es fruto de cooperación, de aportes múltiples. El derecho de propiedad privada es un privilegio odioso e injusto, que es la base de la desigualdad económica.

Todas las tendencias socialistas llevan esta aspiración escrita en sus programas, aunque varían en el procedimiento y en el modo de conseguirla. Pero los socialistas, en sus experiencias de gobierno, no se han decidido a cumplirla. Y los comunistas siguen tolerando en Rusia la propiedad privada. Una y otra tendencia marxista creen hacer común la propiedad, legisándolo en largos articulados y dando su arbitrio al Estado. Los anarquistas, en cambio, no concebimos otro modo de hacer la propiedad común, que el sencillo y expeditivo de destruir la legislación que la ampara y la fuerza que la sanciona, tomando posesión colectiva y violenta de toda la riqueza social.

2.º ABOLICION DEL ESTADO. La institución del Estado, con sus gobernantes y su burocracia, con su fuerza organizada y sus organismos directores, es una estructura positiva y parasitaria, que puede destruirse de

raíz, sin que la producción y la vida económica nacional se hundan. El Estado representa la negación de la libertad, tanto individual como colectiva, y un Comunismo no podría ser libertario si conservara algún resto de esta institución nefasta e inútil.

La sociedad se sostiene en el instinto de sociabilidad que cada hombre lleva en su naturaleza y en la conveniencia y ventajas que reporta la vida en común.

Un hombre con poder sobre otros se hace duro de corazón y reseco de sensibilidad. En él la crueldad y la maldad se elevan al cubo. En nombre del Poder se han cometido los mayores crímenes históricos y se han superado todos los actos de la barbarie humana. ¡Dígalos Casas Viejas!

El Estado tiende a mantener al hombre esclavo para que se resigne a las privaciones, para que aguante las injusticias y para que tolere todos los despojos. Educa al hombre para la sumisión, virtud castradora y retardataria, que rebaja y destruye su dignidad.

La nueva sociedad deberá educarlo para la vida libre, estimulando su rebeldía contra toda autoridad personificada, contra todo germen de tiranía.

3.º **TODA LA SOBERANIA RADICA EN LA ASAMBLEA.** La reunión de los propios interesados decidirá siempre en cada cuestión. La suma de pareceres y de voluntades reunidas en Asamblea, sindical o local, resolverá en cada caso cuantos problemas tenga planteados la colectividad.

Se expresará por la voluntad de las mayorías, siempre que no pueda haber unanimidad.

No hay necesidad de trazar normas fijas ni pautas definitivas. No es precisa la legislación, porque en cada momento se puede saber lo que es preciso hacer y porque la colectividad no debe comprometer el mañana, ni renunciar a rectificar sus acuerdos en todo momento.

4.º **OBLIGATORIEDAD DEL TRABAJO PARA TODOS LOS MIEMBROS UTILES.** Quedan eximidos los niños, los ancianos y los enfermos, siendo siempre la Asamblea la que decida en cada caso particular. Quien se niegue a trabajar para cooperar a la producción colectiva debe también renunciar a los beneficios de esta producción. Por su parte, la colectividad ejercerá la coacción económica de negar el derecho a consumir lo producido en común a quienes nieguen su contribución a la Comunidad.

No se va contra el vago, sino contra el parásito. El vago puede serlo en tanto se atenga a las consecuencias de su vagancia y renuncie a aprovecharse del trabajo de los demás. Nadie puede negarle el derecho a los frutos espontáneos de la Naturaleza. A quien ya no se le puede consentir es al parásito, al que se convierte en carga para los demás, estando a las maduras y no a las duras.

El individuo podrá elegir su clase de trabajo entre las actividades útiles o como tales consideradas por la colectividad. Pero habrá de acatar los acuerdos colectivos. Como demuestra la filosofía anarquista, en la Naturaleza todo es equilibrio entre fuerzas contrapuestas. La llamada ley de conservación de la materia es un equilibrio entre fuerzas integradoras y desintegradoras. La vida resulta de la armonía entre las fuerzas conservadoras de la normalidad del medio y las del ambiente que tienden a modificarlas; la ley de herencia es un equilibrio entre la tendencia a variar el plasma de cada individuo y la acción fijadora de los caracteres en cada germen. Un acuerdo, equilibrio o armonía igual, ha de existir entre el egoísmo y el altruismo, entre el odio y el amor, entre el interés particular y el general.

La sociedad habrá de tener en cuenta al interesar una clase de trabajo las condiciones o aptitudes del individuo, y éste, al elegir su trabajo, tendrá en cuenta las conveniencias y necesidades de la colectividad. El equilibrio se logra, siempre que no exista una violencia para procurarlo o para impedirlo.

5.º **ABOLICION DEL SALARIADO.** El salario es la manifestación de la esclavitud económica. Supone, además, una injusticia social, porque es imposible valorar el trabajo, pretendiendo dar a cada uno lo suyo. El trabajo tiene un valor adventicio, que no depende del gasto de energías ni se puede medir por sus frutos. Valorándolo por el producto resulta despreciable el trabajo agotador del picapedrero, y sería inapreciable el de un mecánico que repara la avería que impide a un buque hacerse a la mar. Mantener el salariado es tener la vana pretensión de pagar a cada uno su precio y conduce a acentuar las diferencias sociales entre los hombres, que nosotros queremos suprimir.

Una sociedad racional debe atender a satisfacer a todos, productores y hombres incapacitados para el trabajo, la satisfacción de sus necesidades. Por lo tanto, sea cualquiera el trabajo que el individuo realice, tendrá de-

recho a aprovecharse de la riqueza colectiva en la medida de sus necesidades.

6.º DISTRIBUCION ORGANIZADA POR LA COLECTIVIDAD. En cada localidad —como hace cada ama de casa en la economía casera o familiar— se mirarán primero las necesidades, y conforme a ellas se organizará la producción y se dispondrá el trabajo. Proceder al revés, como hace el Estado, no puede ser más desatinado.

Lograda la producción, la distribución se hace de acuerdo con las necesidades, lo mismo que en la economía casera: el alimento se raciona cuando escasea, y se deja consumir libremente cuando abunda. Por esta razón, la mejor garantía para el éxito de la nueva sociedad estriba en lograr la abundancia de los productos de primera necesidad, lo que en la sociedad capitalista produce precisamente todo lo contrario del bienestar, pues da origen a la crisis y siembra, por cruel paradoja, el hambre.

La distribución organizada permite suprimir la moneda de cambio, el signo monetario, el repugnante metal hecho dinero, origen de la codicia y germen, por acumulación, del capital.

El valor que se le atribuye al dinero se le concederá mañana al hombre, bastando la presentación de su carnet de productor o el comprobante de su incapacidad para el trabajo, para tener derecho a los artículos que la colectividad posea y él necesite.

7.º INTERCAMBIO LIBRE Y DESINTERESADO ENTRE LAS LOCALIDADES. Sin equivalencia en el valor de los productos. Se da lo que sobra. Se toma lo que otros ofrecen, si es que se necesita. Pretender mantener la equivalencia en los intercambios sería sancionar las desigualdades entre las localidades, la vida exuberante de unas regiones frente a la penuria lastimosa de otras, haciendo al hombre responsable de las desigualdades del clima o de la diversa productividad de los terrenos.

La equivalencia de valor sólo se empleará en el comercio con los países burgueses.

8.º ORGANIZACION FEDERALISTA, CONFORME AL MOLDE DE LA ACTUAL CONFEDERACION NACIONAL DEL TRABAJO. Todas las localidades serán obligadas a formar parte de la Confederación, mediante la coacción económica, o sea, negando la prestación de los servicios públicos a las localidades que se negaren a formar

parte del conjunto, prestándose a armonizar su economía local con la economía nacional.

9.º ORGANIZACION DE LA ECONOMIA CON ARREGLO A UN PLAN NACIONAL, o peninsular, que llevando los productos de las regiones fértiles a las esteparias, del litoral al centro y de los centros industriales, mineros, ganaderos o madereros a los que no lo sean, establezca unas condiciones de vida uniformes en todo el territorio de la Confederación.

Como hemos dicho del individuo en la colectividad, la localidad, en la Confederación, habrá de armonizar su interés particular con el interés general, produciendo aquello que más convenga a las necesidades nacionales y dejando de producir lo que en otras regiones se cosecha abundantemente. Como la colectividad armoniza el trabajo de los individuos, la Confederación armonizará las producciones de las distintas localidades.

En primer lugar, y en los primeros momentos, se mantendrá la producción en sus actuales cuadros y proporciones, y se dejará que se explayen libremente los afanes de roturar tierras incultas, que latan en todos los pueblos campesinos. Los Congresos estructurales habrán de ser frecuentes, y ellos ofrecerán un cauce a las amplias reformas que será menester introducir en todo.

En la ordenación de la Economía entrará el plan de colonización interior, de que tan necesitada está nuestra nación, como es la repoblación forestal, la construcción de carreteras, ferrocarriles y canales de riego, el cultivo intensivo y racional, la industrialización del campo y el aprovechamiento de la energía hidráulica.

10. AUTONOMIA LOCAL. Cada región, y aun cada ciudad y cada Municipio libre, tendrán plena autonomía local para la ordenación de la economía local, de acuerdo a las normas confederales, y para decidir sobre los propios asuntos. Cada localidad podrá decidir en Asamblea y de acuerdo con las características locales:

- a) La obligatoriedad de la producción.
- b) Condiciones precisas para adquirir la calidad de productor.
- c) Jornada de trabajo mínima semanal.
- d) Distribución del personal en los diversos trabajos. Atendiendo a la aptitud o por sorteo.
- e) Forma de realizar la distribución.
- f) Régimen de la vivienda.

g) Usufructos que se pueden otorgar a los individuos (huertas, aves, etc.).

h) Objetos de disfrute individual y objetos de disfrute colectivo.

Etcétera, etcétera.

11. CULTIVO DE LA TIERRA EN COMUN. El cultivo de la tierra en común hace más llevadera la carga del trabajo, más amena la tarea, aumentando el rendimiento de cada productor. Educa para la cooperación y la solidaridad. El cultivo en común permite aprovechar el terreno perdido en lindes, organizar mejor las siembras y los cultivos y emplear la maquinaria agrícola, aligerando al campesino del peso agobiador de su trabajo de esclavo.

El cultivo en común permite reducir la jornada de trabajo, aumentando el tiempo libre y, por lo tanto, las oportunidades de instruirse y de elevar la condición de vida.

12. LA INDUSTRIALIZACION Y LA MAQUINARIA SON IMPOSICIONES DEL SIGLO, que ofrecen al hombre la posibilidad de liberarse de la carga del trabajo, reduciendo al minimum la jornada y suprimiendo el esfuerzo violento y el trabajo desagradable, ambos impropios del hombre. El hombre tiene derecho al ocio, el que lejos de ser nocivo para la sociedad constituye el medio propicio a toda la producción intelectual. Un hombre extenuado, agotado por el trabajo, tiene las menores oportunidades de pensar, de educarse a sí mismo y de acrecer su valor mental. El tiempo libre es el que ofrece las mayores posibilidades de elevación intelectual y moral, de progreso científico y artístico y de embellecimiento de la vida.

13. LA COLECTIVIDAD, TRATARÁ DE PREVENIR LA DELINCUENCIA. Las propagandas antialcohólicas y eugénicas que siempre han tenido sus más entusiastas propugnadores entre los extremistas, son más eficaces que todas las medidas de Gobierno. La colectividad RENUNCIA a juzgar la delincuencia porque es empresa desatentada para el hombre, a quien le es imposible penetrar en la maraña de un hecho psicológico, sin exponerse lo mismo a absolver al culpable que condenar al inocente, como tan frecuentemente hace hoy la justicia burocrática en el escaso porcentaje de hechos que caen bajo su mirada.

La colectividad RENUNCIA también a CASTIGARLA, ya que la pena no corrige ni es ejemplar. Provoca la cólera y la rebelión, pero no el arrepentimiento ni la enmien-

da. Las cárceles y los presidios son centros de corrupción moral, vergüenza de la Humanidad y afrenta de la Justicia.

La defensa de la colectividad frente a las acciones antisociales, será espontánea en los grupos o en los individuos y podrá ser sancionada con la coacción moral por la Asamblea, o sea, con el desprecio y con el apartamiento.

Ante un hecho criminoso, debemos situarnos en el mismo punto de vista que ante un cataclismo de la Naturaleza. Nadie piensa en castigar a la piedra que desprendida del monte devasta un poblado con sus habitantes. Tampoco se castiga hoy al enfermo mental que atenta contra la vida de sus semejantes, aunque la Medicina usa de medios correctores tan malos como los de la justicia, que habrán de ser también reformados radicalmente.

14. SUPRESION DEL EJERCITO. La guerra no será posible más que por invasión del territorio, pues la colectividad renuncia a todo imperialismo. Todo el pueblo productor estará en armas. El adiestramiento guerrero, el cultivo de la técnica militar y el manejo de las armas especiales se dejará al arbitrio y a la iniciativa privada de los grupos de Defensa de la Revolución, continuadores de los grupos de Defensa Confederal. El levantamiento del pueblo contra el invasor se realiza siempre en las mejores condiciones de moral para la lucha.

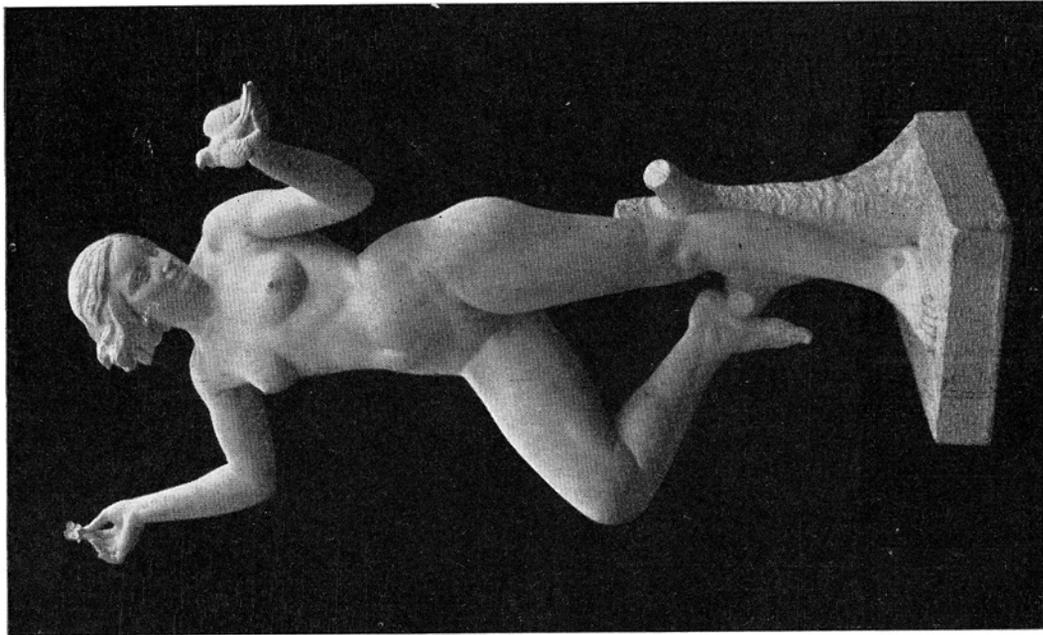
15. LA ENSEÑANZA SUPERIOR ESTARÁ AL ALCANCE DE TODOS, dejando de ser un monopolio el ejercicio de las profesiones intelectuales. La enseñanza elemental será racionalista conforme a la escuela de Ferrer. Poco a poco se ha de ir a la supresión de la desigualdad social que representa de división entre intelectuales y manuales, llegando al hombre equilibrado para el desempeño de las dos clases de actividades. La libre concurrencia, debe ser la única que seleccione los mejores y los más aptos, en todas las manifestaciones de la actividad humana.

Todos los jóvenes, entre los quince y los veinte años, serán eximidos de la obligación de producir, a cambio de cursar estudios técnicos: ingeniería, arquitectura, agricultura, química, mecánica, medicina, pedagogía, etcétera.

16. LOS CARGOS BUROCRATICOS NO EXIMIRAN DEL TRABAJO OBLIGATORIO. Ni el individuo ni la colectividad tie-

LA FIGURA HUMANA EN EL ARTE

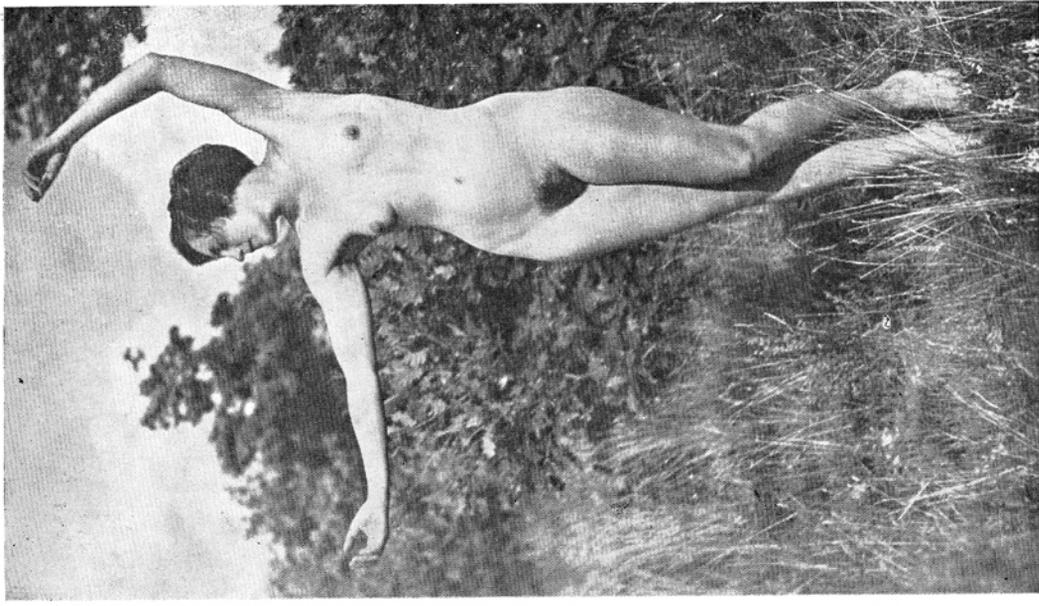
ÉPOCA CONTEMPORÁNEA - ESPAÑA



Ante el pujante y formidable movimiento de evolución que estamos viviendo en el mundo del Arte, España no queda atrás en cuanto a valores que renueven e impulsen con su ímpetu juvenil la trayectoria cada vez más ecuánime de las Artes Plásticas.

Hoy ofrecemos a la vista del lector la obra modernísima y de un profundo sentido vital y estético de un joven escultor valenciano que, rompiendo la costra del concepto tradicional de la escultura, se abre camino a nuevos rumbos, a los nuevos aires de una concepción plástica que hasta hace poco era campo exclusivo de los artistas y estetas de la Europa civilizada.

Agustín Ballester Besalduch, hijo de unos campesinos del áspero secano castellonense, es una prueba evidente de que la inteligencia, lejos de constituir un pri-

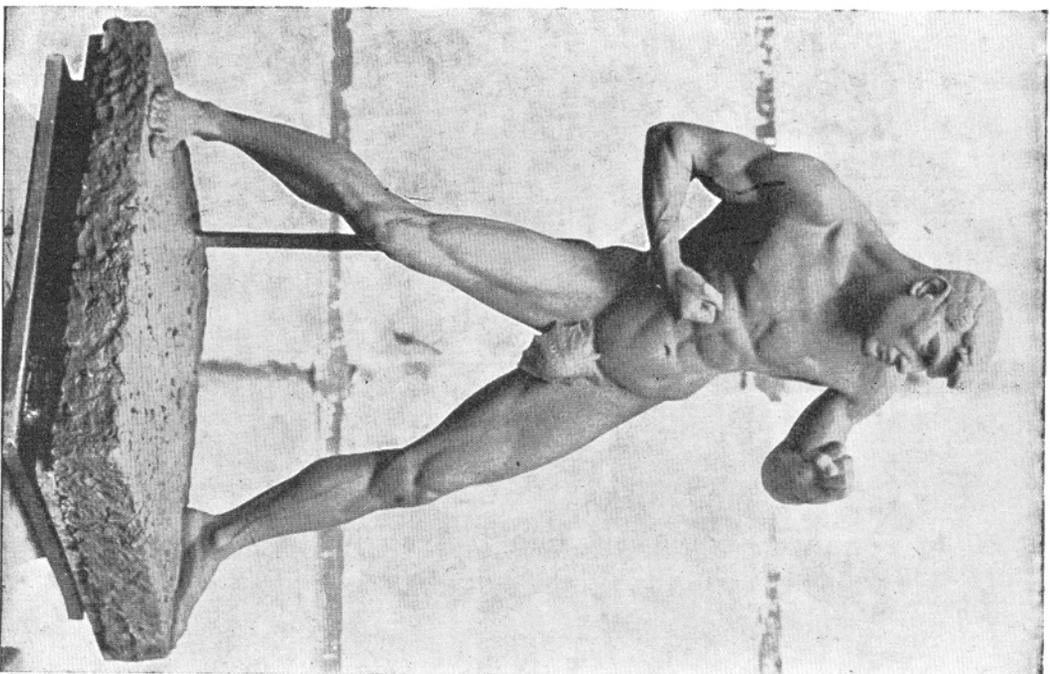


villegio de clases dominantes, se da, y en una potencia vital considerable, en las individualidades de las capas más humildes del pueblo laborioso.

Este joven escultor, ejemplo extraordinario de autodidacta, ha sabido, a través de una lucha tenaz e inteligente, convertir sus sufrimientos y dificultades en

la vida, en un sentido de serenidad y pureza plásticas.

De la inteligencia de su concepto artístico y de la flexibilidad de sus conocimientos técnicos, son una buena muestra las dos obras que reproducimos. La diferenciación anatómica de los dos sexos, demuestran un profundo conocimiento de las formas humanas que lleva, a través de la obra de este artista, de la sensación de pura delicadeza en la concepción femenina, a la otra sensación contrapuesta de vigor, fuerza y rudeza en la realización del desnudo masculino.



nen que esperar nada fuera de ellos mismos. Han de obrar por cuenta propia y buscar entre sus luces y recursos la mejor solución para cada problema. Las expuestas son las bases mínimas que exigimos a la Sociedad: propiedad común y disfrute común de la riqueza, sin la división en ricos y pobres. Libertad no condicionada por el capricho del Poder, para que no haya la división entre autoridades y súbditos. Derecho de todos a consumir con arreglo a sus necesidades. Supresión del dine-

ro que malea al hombre. Mejoramiento del trabajo y de la vida humana. Acercamiento fraternal del hombre al hombre, a fin de que el individuo viva en sociedad, haciendo el menor daño posible a sus semejantes.

No importa que queden aspectos sin tratar y sin predeterminar. Nos queda siempre el recurso de confiarlo al buen criterio de la Asamblea, suma de todos los pareceres y de todos los asesoramientos.

Al día con la Ciencia

J. M. Martínez

Hace cincuenta años que Alejandro Graham Bell, el inventor del teléfono, demostró la posibilidad de transmitir la palabra y la música en las alas de un rayo de luz.

Ha pasado el tiempo sin que se investigase las posibilidades de semejante poder transmisor de la luz. Pero, al fin, los experimentos de Graham Bell han sido repetidos con aparatos más modernos y el rayo de luz pronto será tres veces el mensajero de luz, porque el rayo de luz será el portador no sólo de la luz física, sino también de la luz espiritual —la música— y de la luz intelectual —la palabra—.

Es cierto que la comunicación por medio de la luz tiene varios obstáculos y limitaciones.

La niebla y la interferencia por un cuerpo sólido son suficientes para detener el rayo de luz y la comunicación del mensaje. Últimamente el obstáculo de niebla ha sido eliminado por el uso de los rayos infrarrojos.

En los experimentos recientemente llevados a cabo en Nueva York ha sido demostrado que no hace falta una gran cantidad de energía; basta la luz necesaria para iluminar cincuenta bombillas ordinarias. Hay la esperanza de que la televisión también encuentre un vehículo en el rayo de luz, al menos para cru-

zar distancias cortas. Aun ahora, ondas casi ópticas son generadas para la transmisión y recepción de imágenes, ondas mucho más cortas que las ordinariamente utilizadas en la radio y que como ondas luminosas son fácilmente interrumpidas. Entonces la televisión dependería de la luz no tan sólo para la iluminación de la persona o del objeto en la estación transmisora y para recibirlo en la estación receptora, sino también para transportarlo a través del espacio. ¡Luz transmitida por la luz! Una paradoja de las que el mundo científico está lleno...

Si Demócrito y Anaxágoras y los atomistas del siglo XVIII y principios del XIX echasen una mirada al átomo de hoy, se quedarían asombrados y boquiabiertos. Para ellos el átomo era algo simple e indivisible como su mismo nombre lo indica. Su átomo era un átomo hijo exclusivamente de la imaginación y de cogitaciones especulativas; una hipótesis que más tarde o más temprano debía ser confirmada o refutada por la investigación y el análisis del laboratorio. Las penetrantes radiaciones que Roentgen inició en su laboratorio, conocidas hoy con el nombre de rayos X, y las cualidades disociativas de la materia descubiertas por los esposos Curie,

echaron las primeras dudas sobre la tan decantada indivisibilidad y simplicidad del átomo y abrieron nuevos horizontes a la investigación de la materia.

Rutherford nos dió una nueva concepción del átomo que solucionaba algunos de los problemas planteados por las radiaciones descubiertas; pero los descubrimientos del laboratorio se sucedieron con tal rapidez, que los modelos del átomo vienen a ser como los modelos de automóviles, que cambian todos los años. Niels Bohr modificó el átomo de Rutherford. La conducta errática de los electrones hizo necesarios nuevos retoques en el modelo atómico que fueron aplicados por el físico francés Luis de Broglie. Schrodinger trató de demostrar que podíamos pasarnos sin electrones, aunque algo pasaba en el átomo que correspondía a la conducta del electrón.

Así, hoy, cuando hablamos del átomo, no podemos ya pensar de una entidad única e indivisible, sino que tenemos que tener en cuenta protones (núcleos de hidrógeno), electrones (partículas negativas de electricidad, neutrones (considerados provisionalmente como una combinación de electrones y protones), fotones (corpúsculos de luz) y, por último, positrones o electrones positivos. Esta nueva unidad y componente del átomo —el positrón— ha sido descubierta por el doctor Carl Anderson, y acaba de ser corroborada en los laboratorios de Cambridge (Inglaterra), por el doctor P. M. S. Blackett. El descubrimiento de nuevas unidades materiales y de la asombrosa complejidad del átomo ha venido a embrollar y complicar la concepción de la materia y del átomo, y hoy, a pesar de los importantes descubrimientos llevados a cabo y de la gran cantidad de aparatos supersensitivos que ayudan a los ojos y los oídos del hombre en medir y encontrar fuerzas antes desconocidas, reina más confusión en la Física que en el siglo pasado, cuando se sabía mucho menos. Pero esta confusión y desconcierto, lejos de decir nada en contra de la ciencia y de hacernos perder la fe en sus posibilidades, debe servir de estímulo hacia su estudio y de admiración hacia su fuerza dinámica y progresiva. No falta quien trata de aprovecharse de esta confusión científica, de esta Babel de hipótesis y teorías. Como dice el refrán: «A río revuelto, ganancia de pescadores.» ¿Que quiénes son estos pescadores? La vieja y acérrima enemiga de la ciencia: la religión. Sí; la religión, ani-

mada por las elucubraciones metafísicas de Eddington, Jeans, Milikan y Whitehead, está tratando a duras penas de recobrar su perdido prestigio y engalanarse con oropeles científicos... Pero de esto me ocuparé en el próximo artículo.

FISIOLOGIA

A los dos flúidos ya conocidos que circulan en el organismo hay que añadir un tercero, que, al parecer, se lleva los honores en cuanto a la antigüedad, pues es mucho más viejo que la sangre y la linfa: el *neurohumor*. Este flúido es una secreción de los órganos sensorios. El neurohumor pasa a las fibras nerviosas, desde donde activa las funciones de los órganos centrales. Las funciones de este flúido no son todavía bien comprendidas. El neurohumor ha sido descubierto por el doctor G. H. Parker, director de los Zoological Laboratories de Harvard University.

Los doctores Donald A. Laird y Charles G. Muller, que han investigado el sueño y la manera de dormir de cientos de individuos en el Sleep Laboratory de Colgate University, nos ofrecen los siguientes datos, como resultado de sus investigaciones hasta la fecha. Las mujeres duermen mejor que los hombres. Sólo el veinticinco por ciento de los durmientes sueñan. La primera hora del sueño es la más profunda, pero de menos valor que las siguientes. El ejercicio físico dificulta el sueño; la fatiga mental lo facilita. El color del cuarto dormitorio influencia la cualidad del sueño.

MEDICINA

¿Quién no ha oído los cánticos de alabanza entonados por la prensa médica, las revistas y los grandes rotativos en honor de la omnisciencia y progreso de la ciencia médica y de los médicos? ¿Quién no ha oído repetir que fuera de la ciencia médica no hay salvación? Pero nunca han faltado escépticos y herejes que no sólo han preferido condenarse, sino que han voceado sus dudas y sus críticas en la plaza pública. Ante la crítica de la Medicina por los naturistas, los médicos casi siempre han adoptado una actitud olímpica, bien desdeñando e ignorando los ataques, o echándolos a un lado con la excusa de que son hechos por gentes ignorantes o incapacitadas

para criticar y pesar su juicio sobre una ciencia tan intrincada y compleja como la Medicina. Nada, pues, más lógico que los naturistas saltemos de gozo cuando vemos a los médicos y a la Medicina duramente criticados por nada menos que uno de sus más eminentes representantes.

El doctor Oliver T. Osborne, profesor emérito de la Yale School of Medicine, ha hecho las siguientes declaraciones en un artículo titulado «El paciente paga», y publicado en la revista médica *The Medical Mentor*, de Nueva York:

«Al paciente le importa muy poco el nombre que se le dé a su enfermedad; lo único que le interesa es lo que va a hacer el doctor para curarlo o, por lo menos, para aliviar el dolor.

»El más elevado objetivo de la Medicina, el objeto para el cual son hechos los médicos, es hoy olvidado por las escuelas médicas de primera clase. El paciente paga el precio de tal descuido. Si no fuese por los grandes avances hechos en la ciencia sanitaria, que enseña cómo prevenir las enfermedades, especialmente las epidemias, la crítica de la educación médica sería hoy mucho más severa de lo que es.

»El número de personas enfermas está aumentando. Esto es debido a la prisa, a la velocidad de nuestra era. Los hombres y las mujeres no descansan. Hasta los niños sufren los efectos de nuestra prisa y de nuestra inquietud. Poco descanso, demasiadas asignaciones en la escuela, severa competición, regulares ejercicios y juegos, ruidos, luces deslumbrantes, polvo, radios, etc., no sólo hacen a los niños inquietos y nerviosos, sino que minan su salud.

»Las escuelas médicas de hoy producen «doctores»; ¿pero están produciendo médicos?

»Los médicos recién graduados no saben cómo evaluar los síntomas de las enfermedades incipientes, ni cómo curar los síntomas de las dolencias funcionales.

»Los estudiantes ven en los hospitales solamente los estados terminales de las enfermedades crónicas, unas pocas enfermedades agudas, algunas enfermedades raras y los desórdenes que pueden ocurrir en los casos post-operativos. En los dispensarios, sólo ven un caleidoscopio de dolencias de todos los matices, pero raramente determina la terminación ni aun de los casos graves.»

Como dice este galeno, el paciente paga,

y paga con muchos sufrimientos, y a menudo con la vida, la ignorancia e intolerancia de los alópatas. Y el paciente seguirá pagando, añadimos nosotros, mientras no salga de su marasmo, estudie el naturismo y reclame el legítimo derecho de ser su propio médico.

Relación dañosa

J. J. Rousseau

El precepto de no perjudicar nunca a los otros hombres, lleva, como corolario, el buen consejo de alejarse de la sociedad lo más posible. En el estado social, el bien de uno causa necesariamente el mal del otro. Esta relación dañosa está en la misma esencia de las cosas, y no hay modo de cambiarla. Partiendo de este principio, es juicioso averiguar si es mejor hombre el sociable o el solitario. Un autor ilustre afirma que el hombre malo gusta estar solo. Yo digo, por el contrario, que el hombre bueno es el que busca la soledad.

Esta proposición es menos sentenciosa, pero es más verdadera y más demostrable que la otra. Si el malo estuviera solo, ¿a quién podría hacer mal? Maquinando entre los hombres, mezclado a la sociedad, idea sus malas artes para dañar a sus semejantes.



Las trascendentales experiencias del doctor París

Benigno Bejarano

I

El doctor París sonrió con discreta indulgencia ante la afirmación de su interlocutor y dijo:

—La grandeza humana, don Lucas, no es más que una ilusión proijada por la ignorancia del hombre y sostenida por su soberbia. Contra la altiva autoestimación del ser humano se puede ir tan lejos en la crítica, que no quede de esa soberbia sino el nombre. Yo he descubierto recientemente un sistema óptico y un curioso aparato multimicrofónico que me permiten ver y oír a las bacterias —¡a las bacterias, señor!— como le estoy viendo y oyendo a usted en este momento. Me gustaría poderle persuadir de que asistiera a una de mis sesiones. Pero yo sé que ustedes, los católicos —y permítame esta apreciación—, consienten en no saber ciertas cosas con tal de permanecer fieles a sus dogmas.

—Es un deber de nuestra profesión de fe.

—Y un modo de acorazarse contra la verdad.

El católico sonrió, a su vez, con magnanimidad.

—La verdad científica no nos convence. Se reduce a una serie de fenómenos sin comprobación satisfactoria de los que el hombre extrae arbitrarios razonamientos de acuerdo con sus preferencias ideológicas. Eso no tiene consistencia. Nosotros poseemos la verdad revelada; es decir, la única, la *verdad verdadera*.

—¿Quién se la certifica?

—Está en los Evangelios.

—Pero, ¿quién responde de la índole divina de los Evangelios?

—Nosotros, los católicos.

—No me merecen ustedes crédito.

—Lo sé, y ello me entristece, porque siempre es sensible el espectáculo de un semejante ofuscado en el error. ¡Ah, don Marcel, ya llegará usted algún día a penetrar satisfecho

las dulzuras de la sabiduría infinita! Esa no se adquiere en los libros. Esa está allí, allí...

Y señaló el cielo con su índice tenso.

El doctor París esbozó una nueva sonrisa luminosa. Luego, golpeando en la espalda amistosamente a su interlocutor, añadió:

—Quiero que asista usted a una de mis sesiones. Nada perderá con ello. Después, allí, sobre el terreno, podremos discutir.

—Poco tendremos que discutir. Si, como usted afirma, sus cultivos de bacterias hablan y usted las escucha, el descubrimiento no vendrá a demostrarme otra cosa sino que la sabiduría y la bondad infinitas se han extendido hasta esos seres infinitesimales e invisibles, lo cual es lógico.

El doctor París movió la cabeza en sentido negativo.

—Estos seres infinitesimales e invisibles, don Lucas, ¿sabe usted lo que proclaman, según las primeras conversaciones que he conseguido sorprenderles? ¡Que son los reyes de la Creación! Ellos, como el hombre y seguramente como todos los seres chicos y grandes que pueblan el Universo, se creen los ejes de éste, la célula vital privilegiada para cuyo especial servicio todo ha sido creado. ¡Si los viera usted discutir, resolver sus asuntos, celebrar sus asambleas, gobernar a los pueblos, plantear conflictos y resolverlos con las armas en la mano, con todo el orgullo y la convicción de los seres que se creen señores de la tierra, diría usted que se hallaba en presencia de una población humana con todas sus características! Y este prodigio se desarrolla todo él en el espacio limitadísimo de un milímetro cuadrado, entre una población microscópica de veintitantos millones de seres que lo habitan. Una condición notable los diferencia de nosotros: estos pequeños universos son esencialmente nómadas, cosa la cual se explica fácilmente teniendo en cuenta su función únicamente guerrera. La bacteria no vive sino de atacar. Estas, a las

que yo he sometido a mi experiencia, son bacilos de la tuberculosis, y, naturalmente, su medio está en los pulmones de los tísicos o, mejor dicho, en los pulmones de quienes ellas previamente sentencian a serlo. El otro día sorprendí una interesante deliberación acerca de este punto. Fué luminosa. Debe usted saber que con mi aparato óptico he conseguido localizar los continentes, primero; después, las pequeñas naciones federadas en que parece dividirse esta gran república de Koch; más tarde, las ciudades; por fin, las casas y los individuos. En una de las ciudades, acaso la más importante del pequeño mundo, un Congreso de regidores —la equivalencia de nuestros diputados— deliberaba la otra tarde acerca de la necesidad de asaltar los pulmones del general Gálvez, grave personaje a quien tendrá usted ocasión de conocer si se decide a asistir a alguna de mis sesiones. El general Gálvez padece de asma a consecuencia de sucesivos catarros bronquiales, y al hacerle comparecer a una de mis experiencias parece ser que las bacterias se fijaron en él alentadas por esta favorable circunstancia, la cual hace sumamente vulnerable al insigne caudillo. No me sorprendió que en el debate originado a causa de la presencia del general se sostuviesen los más opuestos y encontrados criterios; ello es humano y humanas son las bacterias.

—¡Qué blasfemia, Señor, qué blasfemia!— interrumpió don Lucas, moviendo la cabeza.

El doctor estaba enfrascado en la explicación, y no le hizo caso.

—Déjeme seguir, se lo ruego. Debatida lo que pudiéramos llamar con entera propiedad la fase política del problema, fué nombrada del seno de la Asamblea una Comisión de técnicos para que estudiase el medio más científico, según los últimos descubrimientos, de llevar a cabo el asalto. Entonces nació mi asombro. Naturalmente, yo esperaba que las bacterias consumasen su propósito por los medios clásicos: entrada a la nariz de la víctima, paso a las amígdalas, batalla con los leucocitos que defienden este desfiladero peligrosísimo, descenso por el vértice de la tráquea, elección del pulmón que primeramente ha de ser atacado y ocupación victoriosa de éste, en medio de los grandes gritos de júbilo que acompañan siempre al fenómeno de un éxito colectivo. ¡Qué error! ¡Qué lamentables errores nos hace padecer nuestra soberbia! Lo mismo que los hombres han inventado medios para atacar a las bacterias, las

bacterias, señor mío, han inventado medios para atacar por modernos métodos a los hombres. Toda esa ingenua ignorancia en que vivían las bacterias ochocentistas ha desaparecido. El siglo xx ha sido para ellas, lo mismo que para los hombres, el siglo de los grandes descubrimientos; y actualmente los bacilos de Roberto Koch penetran circulatoriamente a los pulmones por la misma sangre de la víctima elegida; sencillamente, después de perforar la epidermis con sus máquinas modernísimas, se sirven del corazón como fuerza locomotriz para su viaje. Entretanto, vea usted, los hombres siguen recomendando mentol y gárgaras para obstaculizarles un camino que ellas ya no utilizan. Las vías respiratorias son las viejas calzadas romanas del organismo, hoy abandonadas. Así se lo oí decir a un bacilo filósofo la otra tarde en la conferencia. ¿Qué le parece a usted de todo esto?

—No he de ocultarle a usted que le oigo con cierta delectación, don Marcel, pero me resisto...

—¿A qué? ¿A creer que sea verdad lo que le estoy diciendo? Escúcheme usted, don Lucas: yo no he mentado más que en un breve período de mi vida, cuando fuí médico en Okaluk, y siempre con intención piadosa. Lo necesitaba. Ahora, ya no; ahora no miento nunca, sencillamente porque, no teniendo a nadie a quien engañar, la mentira sería en mí un lujo, una de las formas de la vanidad. Le estoy hablando completamente en serio. Usted decidase a venir a mis sesiones una tarde y verá cosas que le maravillen. El viernes le espero.

El doctor se puso en pie. Don Lucas le imitó. Su cara era la de un tonto de pueblo.

* * *

—¿Y asaltaron, por fin, al general?—preguntó.

—¡No, pobre hombre! El general no sospecha, desde luego, que sus pulmones están siendo objeto de la codicia de veinticinco millones de seres voraces y atrevidos. También ignora, por consiguiente, que a causa suya se celebran asambleas, mítines y otros actos por el estilo, y menos que la otra mañana hubo dos muertos en una manifestación que llevaba al frente este cartel: «Queremos pulmones del general Gálvez.» Naturalmente, a pesar de todo, al general no le ocurrirá nada. Venga usted el viernes. Le espero.

(Esta historia continuará.)

De la manera de aprender

Luis Vives

Entiéndese por doctrina o enseñanza «la transmisión de aquello que uno conoce a quien no lo conoce»; y por disciplina, «la recepción de lo transmitido»; sólo que la mente de quien recibe se llena, y la del que transmite no se agota, antes bien, aumenta la erudición cuando se comunica, como crece el fuego con el movimiento y la agitación. En efecto: excitado el ingenio y discurriendo por los objetos referentes al asunto del momento, acaba por hallar y formar otros; así, aquello que no ocurre a quien está en quietud, viene a las mentes del que enseña o diserta, a causa del calor, que decimos aguza el vigor del ingenio; por lo cual nada hay tan conducente para obtener una gran erudición como el enseñar.

Es la disciplina de dos clases: una, la colocación en nuestra alma de cualquier cualidad, como el transmitirse un idioma nuevo, según ocurre en los inventos humanos; otra, el sacar al entendimiento de la potestad al acto, como sucede en las ciencias y artes, cuya materia es natural, pues, según queda dicho, las semillas de todas ellas están infundidas naturalmente en nuestra mente, como las de las plantas en la tierra; de tal suerte, que quien enseña no hace cosa distinta de lo que el sol al sacar los gérmenes de las semillas, las cuales ciertamente saldrían por sí mismas; pero no tan felizmente ni tan pronto.

Enseñan los animales a sus pequeñuelos para que ejecuten con más rapidez lo que desde luego harían ellos por sí, como el ave a volar a sus polluelos, el gato a cazar los ratones, con objeto de verlos muy pronto semejantes a sí mismos, esto es, perfectos en su especie. Nosotros enseñamos a los nuestros para que hagan tal como queremos lo que nunca harían o lo harían de distinta manera; y nuestra enseñanza casi no es otra cosa que

acostumbrarles a hacer alguna cosa material, como hablar, correr, mover el cuerpo o alguna de sus partes de un modo dado. En una palabra: el animal es enseñado para sus fines por magisterio de la Naturaleza; nosotros necesitamos del ejercicio propio y de la advertencia ajena para sacar lo que tenemos dentro.

La marcha del aprendizaje va desde los sentidos a la imaginación, y de ésta a la mente, como pasa en la vida y en la Naturaleza; así, va el proceso de lo simple a lo compuesto, de lo particular a lo general, como es de observar en los niños que, según ya dije, expresan primero las partes separadas de cada cosa, después las juntan y combinan; además, nombran las cualidades generales con un nombre particular; llaman, v. gr., a todos los artesanos como al primero que conocieron; todas las carnes son para ellos buey o vaca, si es así como oyeron decir cuando empezaban a formar las palabras. Después induce la mente lo universal de lo singular, y vuelve a su vez desde aquello a esto; por eso son los sentidos los primeros maestros, en los cuales está como encerrada la inteligencia; de ellos el principal es la vista que, según Aristóteles, es la que nos manifiesta mayor número de especies, y es autora de la investigación de la ciencia, como ya escribió Platón perfectamente. De esa vista primera vino la admiración; de ella, la observación, la investigación y el deseo de la sabiduría.

Después de obtenido el conocimiento de las cosas y constituídas las artes, el sentido del oído nos enseña nuevas cosas, más elevadas y con más rapidez, pues recibimos en muy poco tiempo lo que en mucho tuvo que preparar el que nos enseña. Por eso le llamó con razón Aristóteles «el sentido de la disciplina»; y los animales que carecen de él no son capaces de ella...

Piedras preciosas

PEDAGOGIA

Artera o ingenuamente, el abominable maestro —abominable siempre— corrige a la Naturaleza en sus desbordamientos y en sus ímpetus. Así palia la generosidad e inculca la astucia, mitiga la franqueza e implanta la hipocresía, socava el arrebatado noble y acopla la insidia, recorta la fiera e imbuje la urbanidad servil y bochornosa.

Y así, las ideas de monopolios y violencias, de prerrogativas y exenciones, las indestructibles ideas van naciendo —y por herencia se consolidan— en la mente sin odios ni exclusivismos del infante. El silencio en los largos claustros, las elecciones solemnes, prolijas, pertinaces, la uniformidad en los actos más nimios, las horas de hosco estudio, los paseos acompañados, las comidas taciturnas, los exámenes humillantes, el respeto al maestro, todo, todo fortalece paulatinamente la idea de la autoridad humana, y todo va paulatinamente entristeciendo y amargando la visión riente de la vida... «*Abolizione del-la gioventú*», llama, con exacta frase, Leopardi a la educación en sus *Pensieres*.

Luego, en la universidad, la duda y el desconsuelo se densifican. Filósofos y pedagogos han creado un formidable aparato de educación razonadora. A la simplicidad bárbara de la escolástica, ha sucedido la complicada barbarie del positivismo dogmático. Pedantones temerosos y hombres de buena fe avanzan sobre el educando incauto, armados de todas las armas de la novísima psicología pedagógica, someten su cerebro a experimentos y caprichos fantásticos. La personalidad acaba de perecer a sus embates, la incertidumbre se afirma vigorosamente. Record los libros de los flamantes pedagogos universitarios; asistid a sus aulas. No encontraréis ni una idea confortadora y luminosa, ni un apasionamiento, ni una audacia. Sus libros son eclécticos y soporíferas rapsodias, y sus discursos, apologías de todo oportunismo victorioso. Las ideas «santas» permanecen incólumes entre la erudición de sus discursos y de sus libros, y las iniquidades de la economía y de la política prosiguen amparadas por los pedagogos novadores como por escolásticos de antaño.—JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ.

LA IGUALDAD

La certeza de los conocimientos humanos está en razón directa de la aplicación de la idea de igualdad. Si la economía ha sido hasta ahora incierta y debatida, es porque ha rechazado, más o menos, la igualdad. Cuando la ciencia social, libre del cieno de los abusos y del falso brillo de los sistemas, no sea más que el simple desenvolvimiento de esta idea y su aplicación en las relaciones humanas, entonces llegará la ciencia social al más alto grado de certeza y de evidencia.—M. A. GUILLARD.

LA AUTORIDAD

¿Qué es la autoridad? El poder de *hacer leyes*, poder que, en su origen, fué atribuído solamente a Dios, y más tarde concernió al soberano (pueblo o monarca), cuya voluntad se trunca así en fuerza legisladora. De ahí estas consecuencias monstruosas: que únicamente lo que el legislador declara que es el bien, es el bien; que lo que declara ser malo es malo, y que el resto es indiferente; que el derecho no existe sino en virtud de la ley escrita, lo cual no tiene nada de absoluto ni de inmutable; que el estado de los ciudadanos, la división de los poderes, la distinción de lo justo y de lo injusto es lo que le place al soberano, causa eficiente de la ley; que el gobierno de la sociedad no es una ciencia, sino un arte, es decir, algo esencialmente arbitrario, sin que jamás tenga razón ni culpa; en fin, que la última palabra de la política es la *fuerza*.—PROUDHON.

Preguntas y respuestas

R. Remartínez

NOTAS. Las preguntas deben escribirse en papel aparte de la carta que las acompañe, y dirigidas a ESTUDIOS, apartado 158, Valencia. Todas las preguntas serán contestadas por riguroso turno.

Los pedidos de cuestionarios deben dirigirse al doctor Remartínez, Conde de Salvatierra, 19.

No serán contestadas aquellas preguntas que no entrañen un interés general.

R. REMARTÍNEZ

PREGUNTAS: *¿Puede perjudicar el baño diario de mar en la región del Norte? ¿Es perjudicial enjuagarse la boca con nitrato de plata al 25 %?*

RESPUESTAS: A la primera: Puede perjudicar en tiempo frío. El baño hay que tomarlo cuando el cuerpo acalorado pide agua, pero no por sistema todos los días aunque esté helando. El hombre no es un pato o una rana.

A la segunda: Claro que es perjudicial; como que se quemaría toda la mucosa bucal con esos enjuagues a tal concentración. Supongo habrá leído algo de esto, es decir, que enjuagándose la boca con solución de nitrato de plata, MUY DILUIDA, se quita el vicio de fumar, ¿no?, y lo pregunta por eso. Pero no es para esta finalidad el 25 %, sino muchísimo menos. Además, el mejor enjuague para el vicio de fumar es la fuerza de voluntad.

PREGUNTA: *Reservada.*—Luis Morón.

RESPUESTA: El síntoma que indica es, efectivamente, signo de la llamada gota militar, que no es, en fin de cuentas, más que blenorragia que ha pasado a crónica. Es curable, pero rebelde y de largo tratamiento. Puede pedir cuestionario si lo desea. Su otra pregunta ya ha sido contestada.

PREGUNTA: *¿Qué entendemos por alma?*—F. E. O.

RESPUESTA: Según la filosofía, el alma es el principio espiritual e inmortal del hombre que le hace sentir, entender y pensar, dándose cuenta de su propia existencia y perso-

nalidad. Para Aristóteles es el acto primero del cuerpo orgánico que tiene vida en potencia. Para los antiguos materialistas, el alma ha sido definida y conceptuada de diversas maneras: Para Demócrito es un «cierto fuego sutil»; para Diógenes, una especie de aire; para Heráclito, un vapor; para Hipón, el agua. Los materialistas modernos de la escuela monista ven el alma como un principio de movimiento (lo cual sigue sin aclarar su verdadera esencia). Para Borel, Bellini, Boerhaave, etc., no es sino un algo resultante de fenómenos físicoquímicos, y para Haeckel es la totalidad de «fuerzas de tensión almacenadas». Los positivistas hacen de las funciones del alma o de la psicología una mera derivación de la fisiología, y, en resumen, todos emplean conceptos y dan definiciones abstrusas y que nada nos dicen de la íntima esencia del principio anímico.

Para los espiritualistas, desde Plotino y Platón hasta los actuales, pasando por Descartes, Spinoza, etc., el alma no es ninguna cosa material, sino un principio inmaterial e inmortal, que puede ser una sustancia única (espiritualistas monistas) o varia. Para Platón el alma sería de la misma sustancia que las cosas «entendidas por ella»; para Descartes es «algo que no precisa más que de sí misma para su propia existencia»; para Kant, el alma es una parte idéntica al Espíritu Absoluto. Para el panteísmo pesimista de Schopenhauer, viene a ser la manifestación en el individuo de la Voluntad, de la que todo el Universo no es sino una objetivación. Para Leibnitz, es la Monada pensante.

En resumen: Cada escuela filosófica y cada pensador ha dado su definición, desde las más rebuscadas y absurdas hasta las más abstractas y vagas y, sin embargo, continuamos todavía debatiéndonos en tinieblas y manejando hipótesis, y siempre se nos escapa ese algo misterioso de cuya existencia todos tenemos una íntima y secreta convicción, pero cuya naturaleza ignoramos. Puede decirse

que todas las escuelas filosóficas no han nacido ni han tenido razón de ser sino como intentos de explicación del misterio de la Vida y de la naturaleza del principio espiritual que nos anima.

La escuela teosófica es tal vez la que apunta mejor en sus orientaciones de solución de estos problemas distinguiendo el Espíritu universal (*Logos*) del alma propiamente dicha, que no sería sino una chispa del mismo unida a la mente.

Si le interesan estos asuntos, imposible de explanar aquí con la debida extensión, puede documentarse en la copiosa bibliografía existente sobre el particular.

PREGUNTAS: *Teniendo el abominable vicio de la masturbación, con promedio de seis veces por semana, ¿es posible procrear hijos sanos y fuertes? Siendo así que un solo espermatozoide es el que fecunda al óvulo, ¿qué se hace de los demás?*—I. Sosdelvila.

RESPUESTAS: A la primera: Teniendo el «abominable» vicio de la masturbación, lo mejor es que, reconociéndolo como tal, se lo corrija uno. Los hijos en tales condiciones serán, seguramente, débiles.

A la segunda: El enorme número de espermatozoides que salen en cada eyaculación no es sino una medida de previsión de la Naturaleza para asegurar la fecundación, ya que siendo el medio vaginal poco apto para la vida del zoospermo han de morir la inmensa mayoría y sólo alguno, tal vez el de mayor vitalidad, puede alcanzar al óvulo y fecundarlo. Los restantes sucumben.

PREGUNTAS: *¿Es verdad que cuando se retira la leche a una mujer que cría le vuelve comiendo carne de mochuelo? ¿Se curan las enfermedades nerviosas?*—Un suscriptor.

RESPUESTAS: A la primera: No, hombre, no. Eso no es más que una superstición sin fundamento.

A la segunda: Hay que distinguir las enfermedades nerviosas sin lesión (neurosis) de las determinadas, por ejemplo, por lesiones o destrucción de elementos nerviosos. Las primeras son curables, aunque a menudo rebeldes. Pero cuando se han producido alteraciones destructivas de elementos nerviosos importantes, dichas afecciones nerviosas son incurables, por cuanto dichos elementos no son capaces de regeneración.

PREGUNTAS: *Me sudan mucho las manos, ¿cómo evitarlo? ¿Es verdad que la gimnasia obra de distinto modo según la hora en que*

se practique? ¿Qué libro leeré sobre los sueños que sea científico?—F. Castilla.

RESPUESTAS: A la primera: Eso puede ser una manifestación de artritis o de impurificación humoral. Cuide su alimentación y vigile su intestino. Lávese cada día dos veces las manos con agua en que haya disuelto un puñado de sulfato aluminico potásico y luego espolvoréelas con el mismo pulverizado.

A la segunda: No es que obre de diferente modo, sino que sea más o menos conveniente. La hora mejor es por la mañana al levantarse.

A la tercera: Lea *Interpretación de los sueños*, de S. Freud.

PREGUNTA: *De don Enrique Jiménez Iglesia.*

RESPUESTA: Esos bultitos no tienen importancia alguna. Son frecuentes. Unas veces se trata de pequeños ganglios linfáticos inflamados y otras son quistes sebáceos, y siempre, por lo común, no varían de tamaño ni determinan mal ninguno. Sólo si se inflamasen o se hicieran dolorosos puede hacerse los extirpar.

PREGUNTA: *De E. B. S.*

RESPUESTA: Si está efectivamente curado de aquello no tiene por qué preocuparse. De todas formas le aconsejo se haga la circuncisión, ya que el coito en las condiciones en que se halla sería difícil o molesto con mujer virgen.

PREGUNTA: *De don Liviano Tevedo.*

RESPUESTA: Las anquilosis reumáticas antiguas son de difícil curación, por cuanto muchas veces existen verdaderas soldaduras óseas entre las partes que antes constituían una articulación. En ciertos casos se logran éxitos mediante un tratamiento adecuado, el mejor de los cuales es la ionización eléctrica con penetración de litio o de cloruro de sodio en los tejidos anquilosados. Es cuestión de tratamiento en clínica bajo la experta dirección de un médico especializado. Cuando estas anquilosis radican en articulaciones grandes o de escasa movilidad normal (columna vertebral, por ejemplo), la curación es excepcionalmente rara y difícil.

Preguntantes cuyas preguntas constituyen consultas y que precisan cuestionario (que pueden pedir enviando sello): Señores Mariano Alonso; S. R. Germinal Niño; Uno que ansía saber; Pablo Sierra; Una lectora de ESTUDIOS, y Benito Blanch.

Bibliografía

EL EXCESO DE POBLACION Y EL PROBLEMA SEXUAL, por el doctor G. Hardy. Biblioteca de ESTUDIOS, Valencia.

Sería mucha osadía por nuestra parte pretender hacer un juicio crítico acerca de esta obra meritísima. El doctor Hardy no es un innominado. En España conocemos de él otros libros que bastan por sí solos para cimentar sobre bases inmovibles una reputación. Luego ni la obra ni el autor necesitan presentación.

Pero, si bien es verdad que hemos de limitarnos a hacer una simple noticia bibliográfica, no es menos cierto que esta noticia debe hacerse con todo el amor y con toda la admiración que ha despertado en nosotros la obra señera de este hombre grande en toda la acepción de la palabra.

En este libro, como en todos los que Hardy dió a la estampa, se estudian con detenimiento y con una claridad admirable, todos los problemas que derivan del exceso de población y de la inquietante cuestión sexual. Las leyes de Malthus y las objeciones que se le hacen; el neomalthusianismo; los medios anticoncepcionales; el aborto y la despoblación. No hay que decir que todo esto está estudiado de la manera concienzuda a que el autor nos tiene habituados y usando argumentos y razones irrefutables.

Naturalmente, un libro de esta índole, ha de ser forzosamente social. Y, efectivamente, el sociólogo ha de encontrar en él materia abundante para fundamentar sus estudios sobre la sociedad y sobre los hombres, del mismo modo que el economista halla la explicación de muchos fenómenos que a veces pasan desapercibidos en una primera ojeada.

Más, sobre todo, el libro que nos ocupa, por el lenguaje llano y el dominio con que está escrito, ha de resultar meritísimo para la clase obrera que, desgraciadamente, no es pobre en hijos. Hardy señala los peligros de la proliferación inconsciente y hace ver la enorme responsabilidad que se contrae al procrear seres que no pueden educarse y nutrirse convenientemente, al par que señala la manera de evitar ese error que a veces alcanza las proporciones del crimen.

¿Qué más hemos de decir de este libro? Obras como ésta no caben en los estrechos límites de un comentario. Para hacerse cargo de lo que son y de lo que valen, es preciso estudiarlas a fondo y con toda atención. Y entonces, también huelga el comentario, pues si el lector es avisado y atento, pondrá en práctica sin demora las enseñanzas en él adquiridas y se apresurará a recomendar la adquisición del libro, con la seguridad de que así presta un valioso servicio a la humanidad.

ALMANAQUE DE «TIERRA Y LIBERTAD» PARA 1933.

Conocida es la pericia con que los amigos de *Tierra y Libertad* vienen preparando y lanzando a la publicidad cada año este almanaque.

El de este año no desmerece de los anteriores y ello habla mejor que todo elogio de su valía.

Bien redactado y bien presentado, por lo variado, ameno y notable de su contenido, es digno de figurar en la biblioteca de todo militante.

No creemos necesario decir más y hacemos punto, recomendando antes su difusión y estudio.

CAPITAL, DINERO Y TRABAJO.

En la colección de folletos que la biblioteca de ESTUDIOS viene editando con el título *Ayer, hoy y mañana*, ha aparecido este interesantísimo opúsculo que no desmerece en nada de los anteriormente publicados y viene a completarlos en cierto modo.

Parece que el propósito de los editores es servir a los estudiosos un cuadro completo de la sociedad en que vivimos, confeccionado con retazos bien escogidos de lo que sobre ella han dicho los hombres más notables. En este sentido, esta colección es un verdadero acierto y es de desear que se complete. Y que se difunda.

FEMINISMO Y SEXUALIDAD, por Julio Augusto Munárriz. Biblioteca de ESTUDIOS, Valencia.

Este notable folleto es una demostración de lo que se puede hacer en un tema que parece agotado, cuando quien lo trata tiene verdadero talento.

Munárriz ha sabido decir cosas suyas en este trabajo y en un lenguaje fino, claro, preciso, lleno de belleza y perfección.

No es poco esto. Y no lo es por lo que decimos más arriba. Se ha escrito tanto sobre el mismo tema, que parecía que no se podía decir nada nuevo sobre el mismo. Este folleto es la demostración palmaria de que estábamos equivocados. Razón de más para que recomendemos su lectura y felicitemos a su autor por lo felizmente que ha llenado su cometido.

CONSPIRADORES, novela, por Benigno Bejarano. Ediciones Juvenil, Barcelona.

Esta nueva producción de Bejarano, sobre no desmerecer, comparada con sus otras obras, tiene además el mérito de la oportunidad. No quiere decir esto que sea una novela de circunstancias. Con igual placer y con

igual provecho se leerá hoy que cuando transcurran veinte años. De ahí su mérito.

Conspiradores es una especie de novela-reportaje, viva y dinámica, en la que el autor, con su estilo inimitable, satiriza de modo que logra a esa fauna pintoresca que ve la revolución detrás de cada esquina y que se pasa la vida conspirando, generalmente, sin tener un concepto claro de lo que es una conspiración y obedeciendo a impulsos enteramente insignificantes.

Bejarano nos sirve una sucesión de tipos caricaturados con su pluma ágil y certera y una serie de escenas que chorrean gracia y agudeza de la más sana estirpe.

Si sus obras anteriores no nos lo presentaran como un escritor de cuerpo entero, ésta sería suficiente para crearle una reputación envidiable.

Creemos que basta lo dicho para dar una idea de la valía auténtica de esta nueva novela de nuestro gran satírico, que tantas pruebas nos ha dado ya de su ingenio y de su finura de percepción.

FLORES Y ESPINAS, poesías, por Ignacio de Jesús Legal, Montevideo.

Hay en las poesías de Ignacio de Jesús Legal, musicalidad, ritmo, fuerza emotiva, elegancia. Y una gran facilidad. En lo que no le hallamos tan feliz es en la motivación de sus composiciones.

Tal vez sea esto cuestión de temperamento. En nuestro criterio, el poeta debe vibrar a impulso de las inquietudes de su tiempo. Y en este autor encontramos excesiva propensión a escapar por la línea que le ofrece menos resistencia. Es decir, que vuelve con mucha facilidad a los temas que han sobado y resobado ya tantos poetas: penas de amor, madrigales galantes, espumas...

Porque advertimos en Ignacio de Jesús Legal singulares disposiciones, nos aventuramos a formular estos reparos. El puede hacer una labor señera y valiosa. Debe intentarlo al menos. En nuestra época hay otras inquietudes distintas a las que él suele recoger en la copa de sus versos. Recójalas. Láncese a la pelea. Que lo que ahora sólo es promesa o baluceo, se convierta en realidad viva y rotunda. No sabe cuánto nos placaría y qué servicio podría prestar así a la noble causa de la superación humana. No está mal que haya cantores, pero procurando que éstos no eclipsen al combatiente.

UNA HORA DE LECTURA. Ediciones Horizonte, Barcelona.

El plan de esta publicación quincenal de monografías que dirige el ingeniero Alfonso Martínez Rizo, es crear una biblioteca que satisfaga al militante autodidacta. Y creemos que lo conseguirá plenamente.

Hasta ahora hemos recibido los números 1 y 2. El primero, debido a la pluma de Felipe Alaiz, se titula *Cómo se hace un diario*, y es una cosa verdaderamente lograda. Alaiz conoce bien la especialidad que trata y ha conseguido hacer una cosa singularmente buena.

El segundo es un trabajo documentadísimo y muy bien meditado de Isaac Puente, titulado *Hipótesis, Experimentación y Perfeccionamiento* que, en verdad, no

necesita recomendación. No compartimos la tesis de I. Puente en cuanto ésta se relaciona con la cuestión social. A nuestro juicio no se puede aplicar su ley a lo que ha de ser resultante de la actuación de la colectividad. Y no se puede aplicar, porque si admitiéramos que una vez concebida una hipótesis debía pasarse en el acto a su experimentación, la sociedad sería una Babel, y además, porque lo que es obra de todos no puede ser experimentado por unos cuantos solamente. Parece que Isaac Puente entiende que, puesto que se ha concebido que el sistema capitalista no puede solucionar de un modo aceptable los múltiples problemas que hoy se hallan planteados en el mundo y sólo puede solucionarse estableciendo el régimen comunista libertario, es preciso lanzarse inmediatamente a la experimentación del nuevo sistema. Lo que no tiene en cuenta es que eso no lo podemos hacer un puñado de individuos. Que es preciso que la colectividad intervenga y que ésta no ve las cosas a nuestra manera. En cuyo caso, lo que urge es llevar nuestra convicción al mayor número posible y aprovechar la primera ocasión oportuna para lanzarse a la experimentación.

De todos modos, este trabajo, como todo lo que escribe este camarada, es de una valía indudable y muy digno de ser leído y meditado.

LA LUZ FRENTE A LAS TINIEBLAS, drama social y anticlerical de Fernando Claro. Prólogo de Mauro Bajatierra.

Un dramita fuerte y bravo, escrito con alguna incorrección, pero saturado de sugerencias y atisbos. Lo que más destaca en él es la rebeldía. Una rebeldía consciente y de buena ley que resulta simpática y comunicativa.

Creemos que Fernando Claro tiene condiciones para el cultivo de esta difícil rama literaria.

H. N. R.



Una página
maestra

De la amistad

Montaigne

Parece que nada hay a que la Naturaleza nos haya encaminado tanto como al trato social. Aristóteles asegura que los buenos legisladores han cuidado más de la amistad que de la justicia. El último extremo de la perfección en las relaciones que ligan a los humanos, reside en la amistad; por lo general, todas las simpatías que el amor, el interés y la necesidad privada o pública forjan y sostienen, son tanto menos generosas, tanto menos amistades, cuanto que a ellas se unen otros fines distintos a los de la amistad, considerada en sí misma. Ni las cuatro especies de relación que establecieron los antiguos, y que llamaron natural, social, hospitalaria y amorosa, tienen analogía o parentesco con la amistad.

Las relaciones que existen entre los hijos y los padres están fundadas en el respeto. Aliméntase la amistad por la comunicación, la cual no puede encontrarse entre hijos y padres por la disparidad que entre ellos existe, y además, porque chocaría con los deberes que la Naturaleza impone; pues ni todos los pensamientos íntimos de los padres pueden comunicarse a los hijos, para no dar lugar a una privanza perjudicial y dañosa, ni los advertimientos y correcciones, que constituyen uno de los primeros deberes de la amistad, podrían tampoco practicarse de los hijos a los padres. Pueblos ha habido en que, por costumbre, los hijos mataban a los padres, y otros en que los padres mataban a los hijos para salvar así las querellas que pudieran suscitarse entre los unos y los otros. Filósofos ha habido que han desdeñado la natural afección y unión de padres e hijos; Aristipo, entre otros, el cual, cuando se le hacía presente el cariño que a los suyos debía por haber salido de él, se ponía a escupir, diciendo que su saliva tenía también el mismo origen, y añadía que también engendramos piojos y gusanos. Habla Plutarco de otro a quien deseaban poner en buena armonía con su hermano, que objetó: «No doy importancia mayor al accidente de haber salido del mismo agujero.» El nombre de hermano es en verdad hermoso, e implica un amor tierno y puro: por esta razón nos lo aplicamos La Boétie y yo. Mas entre hermanos naturales la confusión de bienes, los repartimientos y el que la riqueza de uno ocasione la pobreza del otro, desliga la soldadura fraternal; teniendo los hermanos que conducir la prosperidad de su fortuna por igual sendero y por modo idéntico, fuerza es que con frecuencia tropiecen. Más aún, la relación y correspondencia que crean las amistades verdaderas y perfectas, ¿qué razón hay para que se encuentren entre los hermanos? El padre y el hijo pueden ser de compleción enteramente opuesta, y lo mismo los hermanos. Es mi hijo, es mi padre, pero es un hombre arisco, malo o tonto. Además, como son amistades que la ley y obligación natural nos ordenan, nuestra elección no influye para nada en ellas; nuestra libertad es nula y ésta a nada se aplica más que a la afección y a la amistad. Y no quiere decir lo escrito que yo no haya experimentado los gozos de la familia en su mayor amplitud, pues mi padre fué el mejor de los padres que jamás haya existido, y el más indulgente hasta en su extrema vejez; y mi familia fué famosa de padres a hijos, y siempre ejemplar en punto a concordia fraternal.

... La afección hacia las mujeres, aunque nazca de nuestra elección, tampoco puede equipararse a la amistad. Su fuego, lo confieso..., es más activo, más fuerte y más rudo, pero es un fuego temerario, inseguro, ondulante y vario; fuego febril, sujeto a accesos e intermitencias y que no se apodera de nosotros más que por un lado. En la amistad, por el contrario, el calor es general, igualmente distribuído por todas partes, atemperado; un calor constante y tranquilo, todo dulzura y sin asperezas, que nada tiene de violento ni de punzante.



**NUEVOS MÉTODOS DE "ESTABILIZACIÓN"
CAPITALISTA**

FOTOMONTAJE DE JOSÉ RENAU

EL SENTIDO HUMANO DE LA MUJER



Es conveniente hacer destacar en todas sus facetas las diferencias sustanciales o típicas que caracterizan los dos mundos hoy en lucha por la hegemonía en la dirección y apropiamiento de los hechos y principios humanos o vitales. Queremos definir en nuestra expresión «dos mundos» a las dos fuerzas antagónicas, capitalismo y proletariado que, como vemos, se disputan, hoy con más rudeza que nunca, el derecho a ser fundamento en la vida.

Sin pasar ahora a definir algún otro de los infinitos aspectos por los cuales chocan uno contra otro estos dos mundos (uno, el capitalismo, en decadencia, ya que el ciclo histórico de su preponderancia llega a su fin; y el otro, el proletariado, la masa productora, pujante y fuerte, el esclavo que quiere libertarse y lo va consiguiendo poco a poco, aun a costa de grandes dolores), hemos de señalar, aunque sólo sea a título de comentario, la diferencia que en el concepto de la feminidad hay entre ellos y de la que son expresiva muestra las fotografías adjuntas.

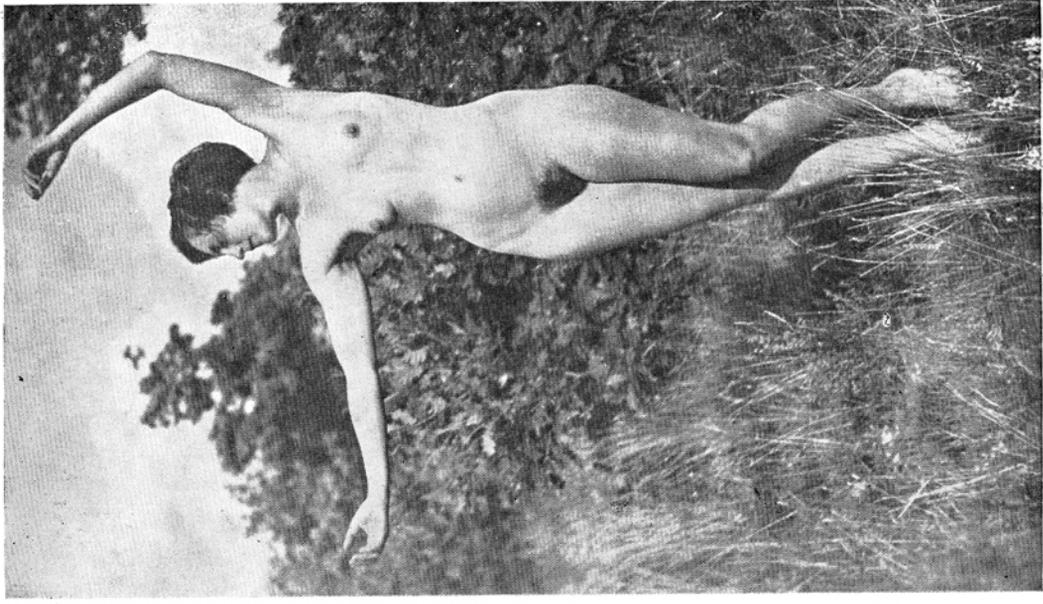
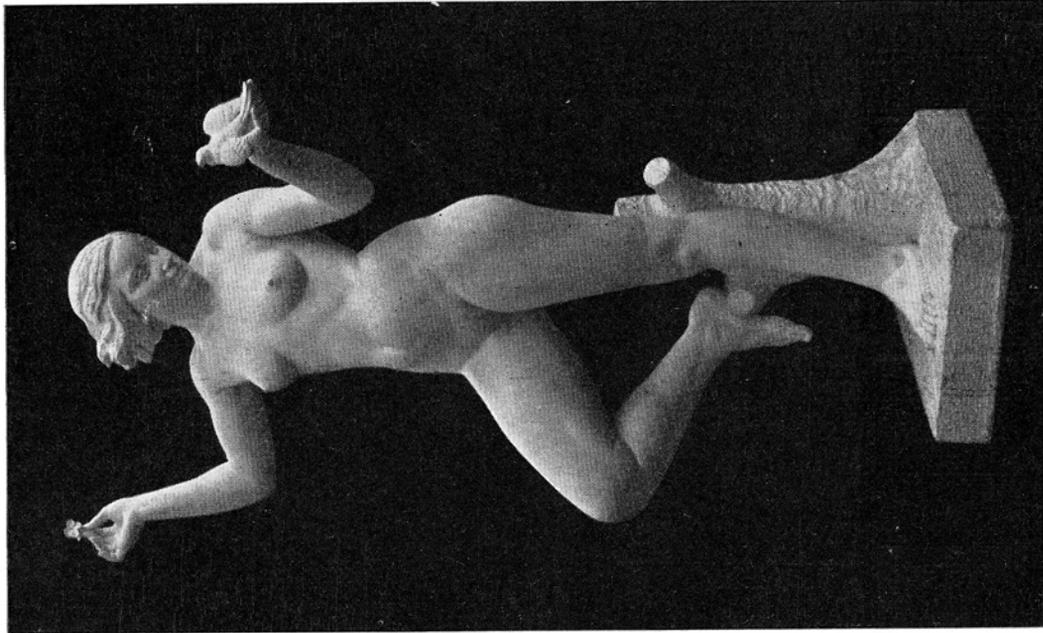
En ellas vemos dos tipos bien característicos: el de la decadente y, por lo tanto, teatral y falsa, mujer burguesa, y el de la mujer del pueblo, la trabajadora o campesina, optimista y sana.

En la primera vemos la tan cacareada «flor de estufa»; el sentido mujer en toda su amplitud desaparece en la muñeca de carne aquí representada, individualista y artificial. Nada maternal nos sugiere su actitud, ni siquiera hay en su mirada una atención amistosa hacia los demás. Pero sí un cúmulo de vanidades y la expresión de un deseo de sentirse adorada por todos, y con la convicción de que nadie merece nada de ella.

Todo lo contrario expresa la mujer representada en la segunda fotografía. Ella nos sugiere todo lo que puede ser una mujer: madre y hermana, amiga y amante. En su mirada y la expresión de su rostro hay condensada una atención de cariño hacia todo; de comprensión y amistad hacia todas las cosas. Nos sugiere su contemplación una profunda alegría de vivir y nos sentimos confiados imaginándola compañera nuestra.

LA FIGURA HUMANA EN EL ARTE

ÉPOCA CONTEMPORÁNEA - ESPAÑA



Ante el pujante y formidable movimiento de evolución que estamos viviendo en el mundo del Arte, España no queda atrás en cuanto a valores que renueven e impulsen con su ímpetu juvenil la trayectoria cada vez más ecuánime de las Artes Plásticas.

Hoy ofrecemos a la vista del lector la obra modernísima y de un profundo sentido vital y estético de un joven escultor valenciano que, rompiendo la costra del concepto tradicional de la escultura, se abre camino a nuevos rumbos, a los nuevos aires de una concepción plástica que hasta hace poco era campo exclusivo de los artistas y estetas de la Europa civilizada.

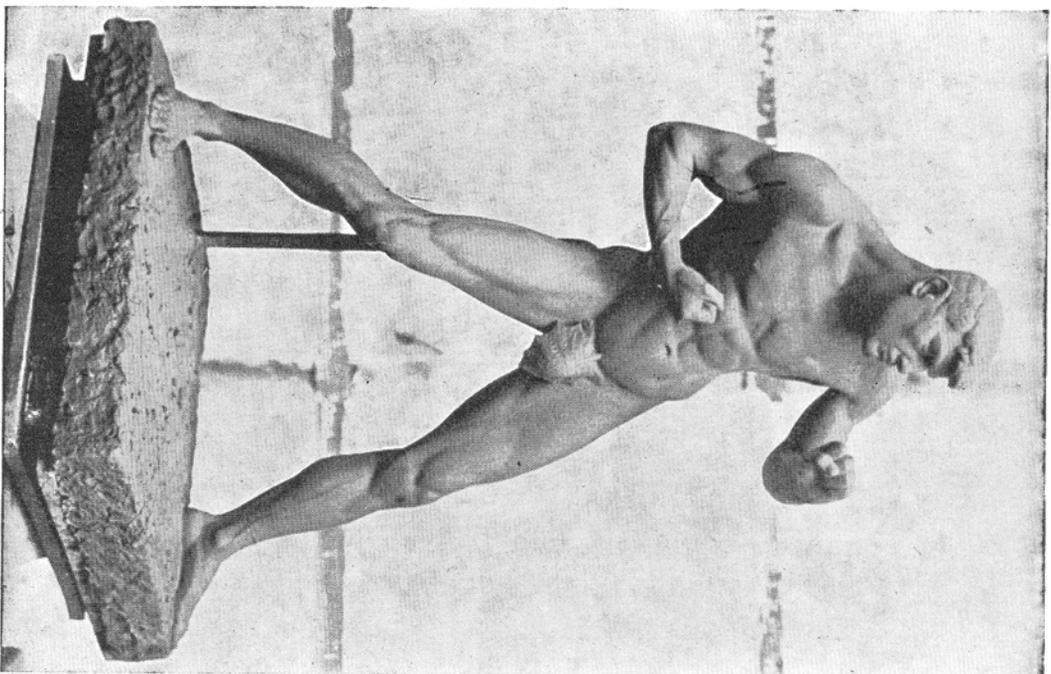
Agustín Ballester Besalduch, hijo de unos campesinos del áspero secano castellonense, es una prueba evidente de que la inteligencia, lejos de constituir un pri-

villegio de clases dominantes, se da, y en una potencia vital considerable, en las individualidades de las capas más humildes del pueblo laborioso.

Este joven escultor, ejemplo extraordinario de autodidacta, ha sabido, a través de una lucha tenaz e inteligente, convertir sus sufrimientos y dificultades en

la vida, en un sentido de serenidad y pureza plásticas.

De la inteligencia de su concepto artístico y de la flexibilidad de sus conocimientos técnicos, son una buena muestra las dos obras que reproducimos. La diferenciación anatómica de los dos sexos, demuestran un profundo conocimiento de las formas humanas que lleva, a través de la obra de este artista, de la sensación de pura delicadeza en la concepción femenina, a la otra sensación contrapuesta de vigor, fuerza y rudeza en la realización del desnudo masculino.



	En rústica	En tela	Pesetas
LA TRANSFORMACION SOCIAL DE RUSIA. COMO SE FORJA UN MUNDO NUEVO, por Máximo Gorki	2	3'50	0'50
¿QUE HACER?, por León Tolstoi	2	3'50	0'25
LA EDUCACION SEGUN LA NATURALEZA, por Daniel L. Coello	4		0'30
POETAS Y LITERATOS FRANCESES, por Pedro R. Piller (Gastón Leval)	3		0'50
INFANCIA EN CRUZ, por Pedro R. Piller (Gastón Leval)	3	4'50	0'40
LA ESFINJE ROJA, por Han Ryner	3	4'50	0'20
¡TAMBIEN AMERICA!, por Campio Carpio	4		0'50
LA MONTANA, por Eliseo Reclus	2	3'50	0'20
EL ARROYO, por Eliseo Reclus	2	3'50	0'35
EL CALVARIO, por Octavio Mirbeau	2	3'50	0'25
EL IMPERIO DE LA MUERTE, por Vladimiro Korolenko	2	3'50	0'50
EL DOLOR UNIVERSAL, por Sebastián Faure	3	4'50	0'40
LA ETICA, LA REVOLUCION Y EL ESTADO, por Pedro Kropotkin	2	3'50	0'25
LOS HERMANOS KARAMAZOW, por Fedor Dostoiewski. Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía y más de 350 páginas ...	3	4'50	0'30
LA VIDA TRAGICA DE LOS TRABAJADORES, por el doctor Feydoux	3'50	5	0'30
IDEARIO, por Enrique Malatesta. Un tomo de 224 páginas	2	3'50	0'30
CRITICA REVOLUCIONARIA, por Luis Fabbri	2	3'50	0'30
IDEOLOGIA Y TACTICA DEL PROLETARIADO MODERNO, por Rudolf Rocker	3	4'50	0'75
LOS CARDOS DEL BARAGAN, por Panait Istrati	2	3'50	1
LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS, por R. H. de Ibarreta	2	3'50	0'60
LAS RUINAS DE PALMIRA, por El Conde de Volney	2	3'50	0'50
LA INTERNACIONAL PACIFISTA, por Eugen Relgis	1		0'50
ALBORES, por Albano Rosell	3	4'50	0'50
PROBLEMAS ECONOMICOS DE LA REVOLUCION SOCIAL ESPANOLA, por Gastón Leval	3	4'50	0'50
LA NUEVA CREACION DE LA SOCIEDAD POR EL COMUNISMO ANARQUICO, por Pierre Ramus	3'50		0'30
LA INQUISICION EN ESPAÑA (ilustrada con diecinueve láminas)	1		
EL SACRILEGO, por José Sampérez Janín	5		
SEXUALISMO LIBERTARIO, Eugenio Pagán	1		

Folleto filosóficos y sociales

		Pesetas
RUSIA ACTUAL Y FUTURA, por el profesor G. F. Nicolai	1	
LOS PRINCIPIOS HUMANITARISTAS, por Eugen Relgis		0'30
LA PROPIEDAD DE LA TIERRA, por León Tolstoi		0'30
LA IGLESIA Y LA LIBERTAD, por Loruot-Desgranges		0'40
LA PROSTITUCION, por Emma Goldmann		0'25
LA LUCHA POR EL PAN, por Rudolf Rocker		0'50
LA LIBERTAD Y LA NUEVA CONSTITUCION ESPANOLA, por Higinio Noja Ruiz		0'30
EL MILITARISMO Y LA GUERRA		0'25
LA FABRICACION DE ARMAS DE GUERRA, por Rudolf Rocker		0'30
HUELGA DE VIENTRE, por Luis Bulffi		0'25

LAS FEALDADES DE LA RELIGION, por Han Ryner		0'50
GENERACION VOLUNTARIA, por Paul Robin		0'25
¿MARAVILLOSO EL INSTINTO DE LOS INSECTOS?		0'30
FEMINISMO Y SEXUALIDAD, por Julio A. Muñárriz		0'50
SUPERPOBLACION Y MISERIA, por Eugenio Lericolais		0'40
LA VIRGINIDAD ESTANCADA, por Hope Clare		0'20
EL MAREO, por Alejandro Kuprin		0'50
LA TRAGEDIA DE LA EMANCIPACION FEMENINA, por Emma Goldmann		0'20
ENTRE CAMPESINOS, por E. Malatesta		0'35
LA FILOSOFIA DE IBSEN, por Han Ryner		0'25
¿QUE ES EL COMUNISMO LIBERTARIO?, por Ramón Segarra		0'50
EL COMUNISMO LIBERTARIO (Sus posibilidades de realización en España), por Isaac Puente ...		0'40
MATERNOLOGIA Y PUERICULTURA, por Margarita Nelken		0'25
AMOR Y MATRIMONIO, por Emma Goldmann		0'30
EL MATRIMONIO, por Elías Reclus		0'30
LA LIBERTAD, por Sebastián Faure		0'30
EL SINDICALISMO, por Anselmo Lorenzo		0'30
EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO, por V. Grifuelhes		0'30
EL PROBLEMA DE LA TIERRA, por Henry George		0'30
EDUCACION REVOLUCIONARIA, por C. Cornelissen		0'30
ESTUDIOS SOBRE EL AMOR, por José Ingenieros. Segunda edición		0'75
EL SUBJETIVISMO, por Han Ryner		1
JUANA DE ARCO, SACRIFICADA POR LA IGLESIA, por Han Ryner		0'60
CRAINQUEBILLE, por Anatole France		0'50
LA MUERTE DE OLIVERIO BECAILLE, por Emilio Zola		0'50
LUZ DE DOMINGO, por Ramón Pérez de Ayala		0'50
INFANTICIDA, por Joaquín Dicenta		0'50
URANIA, por Camilo Flammarion		0'50

COLECCION «AYER, HOY Y MAÑANA»

Estos folletos, magníficamente presentados, constituyen una pequeña enciclopedia de gran valor cultural, pues el tema de cada uno de ellos lo forman opiniones cuidadosamente seleccionadas de las figuras más destacadas de la intelectualidad mundial. Van publicados los siguientes:

POBRES Y RICOS	0'30
LA POLITICA Y LOS POLITICOS	0'30
DEMOCRACIA, SUFRAGIO Y PARLAMENTARISMO	0'30
PERIODICOS Y PERIODISTAS	0'30
CAPITAL, DINERO Y TRABAJO	0'30
LA GUERRA	0'30
LA SOCIEDAD ACTUAL	0'30

Corresponsales administrativos de «Estudios»

BARCELONA.—Unión de Quiosqueros: Barará, 12.
MADRID.—Agencia de Distribución: Moratín, 49.
SEVILLA.—José Romero Luquez: Reyes Católicos; Nuevo Quiosco.
GRANADA.—Manuel Laguna: Zenete, 15.
BUENOS AIRES (Argentina).—Fermín Cortés: Belgrano, número 3.335.
ROSARIO SANTA FE (Argentina).—J. Emilio Núñez: 9 de Julio, núm. 826.
MONTEVIDEO (Uruguay).—Emilio Huerta: Maldonado, número 1.051.
CAMAGUEY (Cuba).—Manuel Gansa: Lanceros, 17.

Obra de trascendental importancia.-Verdadera enciclopedia de la vida sexual

El exceso de población y el problema sexual

por el
Dr. G. Hardy

Los medios más modernos y eficaces para evitar el embarazo. — El aborto: Sus peligros y sus consecuencias. — Procedimientos abortivos empíricos y perjudiciales. — Técnica operatoria abortiva científica e inofensiva. — Divulgación de los conocimientos necesarios para la vida matrimonial y la felicidad del amor.



Todos los años mueren centenares de miles de mujeres por aborto clandestino, víctimas calladas de procedimientos absurdos y nocivos, propalados por la rutina y la ignorancia. Esta importantísima obra del Dr. Hardy, libro documentado y serio, viene a evitar esos estragos que tanto daño causan al mundo, poniendo sus vastos conocimientos y su larga experiencia al servicio de la Humanidad.

Esta obra en su hogar, es la mayor garantía para su felicidad sexual y su bienestar.

Que la mujer conozca los medios prácticos y eficaces para poder gozar del amor, sin peligros ni consecuencias desagradables. Que sepa que el problema de los hijos depende de su exclusiva voluntad. Que puede ser o no madre, según le convenga, sin necesidad de recurrir a procedimientos abortivos torpes y vulgares, siempre nefastos. Que conozca al mismo tiempo los riesgos a que expone su salud con tales procedimientos. He aquí el único medio para acabar con tanto dolor y tantas lágrimas.

Todos sus problemas íntimos resueltos. Todas sus dudas y temores desvanecidos.

Un tomo de 448 páginas, ilustrado con sesenta y seis grabados en negro y cinco preciosas láminas a tricolor, fuera de texto.

En rústica. **10 pesetas**
Lujosamente encuadernada en tela. **12 »**